



MARCOS B. ESPINEL.

ROMA Y CARTAGO

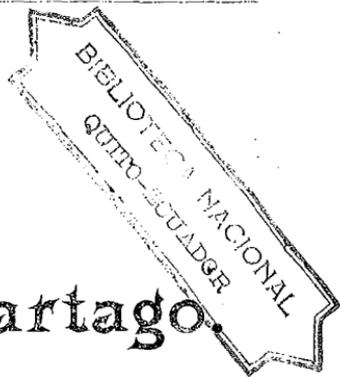
Paralelo Histórico.

GUAYAQUIL.

Oficina Tipográfica de «La Nación.»

1898.





---

# Roma y Cartago

---

## I

Hé aquí dos leones de igual fiereza: al través del océano se miran, se provocan, se devoran con sus miradas, se queman con el fuego de sus ojos; espumosas las fauces, la greña hirsuta, azotando sus ijares con la cola se lanzan amenazantes rugidos. El furor que las anima, la sed que las consume, el hambre que las excita hace presagiar lucha terrible, exterminadora. Dos fieras igualmente sedientas, igualmente voraces: la vida de la una depende de la muerte de la otra. Si el dragón del Apocalipsis barre con un colazo la mitad de las estrellas, estas dos furias harán retremblar la tierra con los choques de su titánica pelea.

## II

Roma, ambiciosa, conquistadora soberbia

---

que arrastra los imperios á su carro triunfal; amazona cuyo pecho curtido por el hierro embota los dardos enemigos. Cartago, altiva, llena de esplendor, dueña del mundo, ni Semíramis ni Ciro pueden disputarle el honor de más conquistas y poder.

### III

Roma, primero guarida de criminales y ladrones, después República de héroes, tiene en cada pecho una muralla, una victoria en cada brazo. Cartago, ilustre en su cuna, rica y poderosa en su desarrollo, se envilece en su decadencia y llega á ser un pueblo de asentistas, mercaderes, propensos á los crímenes más bajos, como á las virtudes más sublimes. Con Aníbal espantan, destruyen á los romanos en Italia. Con Arquímedes hacen desconfiar á Marcelo de la victoria en Siracusa. Conquista la Numidia, España con Amílcar. Con Matos y Spendio insurreccionan el ejército, saquean la Sicilia, roban, degüellan, talan las provincias africanas.

### IV

Roma, activa, trabajadora, no estaba contaminada por los vicios de su rival; y rebosando civismo, radiante de esplendor, se presentaba á la contemplación de las naciones circundada por un nimbo de gloria. Cartago, inclinada á la molición, al lujo, al esplendor, era

---

la sultana de un serrallo oriental. Reina disoluta, más necesitaba para sus pueblos una espada redentora que generales que renovaran sus guerras y conquistas.

## V

Roma, joven, pobre, fuerte crecía amenazando y amenazaba rugiendo. De pié, firme, valerosa, frente al océano, recreándose con los mirajes de su fantasía, columbraba en lontananza un punto luminoso: era el resplandor de sus futuras glorias. Cartago, vieja, astuta, joya antigua pero brillante, dueña de las naciones y los mares, no podía elevarse más: había llegado al apogeo de su civilización y, en adelante, un quebranto cada batalla, un paso atrás cada conquista.

## VI

Los romanos, labriegos, agricultores, soldados sucumben por la gloria «Mi vida es de la Patria» dice Calournio Flamma á su jefe en momentos que una legión amenazada iba á sucumbir á manos de Amílcar en los desfiladeros de Panorma. Pide cuatrocientos auxiliares, arremete como león, y mientras el enemigo se ceba en su exterminio, sus compañeros salen ilesos del estrecho. Los cartagineses, artífices, comerciantes, marineros se sacrifican por el oro. Ni la muerte es para éstos un

abismo insalvable, una muralla inaccesible si con ella sacan ventaja. No nos admiraremos, pues, que un comerciante cartaginés perseguido por una galera romana, hunda la embarcación en el océano antes que entregar sus riquezas: éstos son omnipotentes con el oro, aquellos reyes con la espada: los segundos excitan las miradas por su grandeza, los primeros llaman la atención por su pujanza.

## VII

Los cartagineses al hacer la guerra la hacen por avaricia, por aumentar su despotismo, por tener suntuosos palacios y regias ciudades. Los romanos por la magnificencia moral de su patria. En las batallas el heroísmo los anima, los fortalece el sacrificio.

## VIII

Mientras que en Cartago los particulares son ricos como reyes, en Roma los conquistadores más invictos, los generales más egregios los magistrados más ilustres son pobres hasta la miseria.

## IX

El Senado cartaginés era una plaza de contratistas, usureros, procaces en un pequeño triunfo; tímidos, apocados en una derrota. Pasa Régulo al continente, cae, como un tor-

---

bellino, sobre sus enemigos, siembra la consternación en Cartago y el senado, próximo á esclavizarse, encuentra un salvador. Jantippo, griego y capaz, por lo mismo, de luchar con los romanos, restablece la fortuna de la república abatida. Régulo cae prisionero, y poco después, vencidos sus enemigos en un combate naval por Metelo, envían al soberbio cónsul á Roma con el objeto de proponer la paz ó el canje de la aristocracia cartaginesa caída prisionera en Panorma. Llega Régulo, hace ver al Senado que debe continuarse la guerra, que Cartago caería con un poco de constancia y paciencia, obliga con su elocuencia á sus compatriotas á no aceptar el predicho canje puesto que era quitarle al enemigo sus brazos más pujantes, y, en fin, les enseña mil modos de vencerlos. Ni los lamentos de su esposa é hijos, ni las súplicas de los cónsules y senadores, ni las exigencias del Pontífice que le aseguraba no cometer perjurio faltando á su palabra, nada mueve al inflexible héroe á violar su juramento. Resuelto al martirio, regresa á Cartago donde es sometido á mil tormentos: le desgarran los párpados, lo exponen al sol y lo meten en un cofre erizado de puas: hé aquí el heroísmo cartaginés inspirando á sus valientes hijos la cobardía más vil, el castigo más refinado. Horacio nos pinta este episodio propio del carácter romano: «Tuvo, dice, inclinado á tierra su varonil semblante hasta el momento en que su heroica resolu-

ción triunfó de las vacilaciones del Senado. Entonces, noble desterrado, dejó su familia en lágrimas bien que supiera las crueles torturas que le preparaban los verdugos africanos. Régulo apartó á los amigos que lo querian retener y al pueblo que se oponía á su partida con la misma expresión que si después de haber terminado los negocios de sus clientes, fuera á descansar á los campos de Tarento.» De esta manera vencían los cartagineses. Sin valor para luchar cuerpo á cuerpo, incapaces de esgrimir la espada, cantan victoria con auxilio de la traición y la vileza. Así venció Pizarro á un nuestro Inca esclarecido, así venció Hernán Cortés á los ilustres Montezuma y Cuapopaca, así vencen toda esa turba multa de audaces conquistadores, desperdicios de los presidios de su patria, que se disparan por el mundo en busca de las riquezas que no han podido labrar con el trabajo honrado. Los valientes vencen con la lanza, con el plomo en el campo. Feroces en la batalla son magnánimos en la paz. Un crimen alevoso, premeditado es de infames. Nunca un héroe fué verdugo. Por eso el Senado romano al oír los gritos desgarradores que la mujer de Régulo arrancaba en sus tormentos á los generales cartagineses en represalia á la muerte de su esposo, manda á los lictores á quitarles á las víctimas. Por eso Aníbal al reconocer en el campo de batalla al cadáver de Marcelo, su terrible enemigo, de Marcelo que le

---

había hecho pasar tantas derrotas é infortunios, exclama: *bravo soldado, pero pobre capitán*; y no obstante que los romanos le habían arrojado á su vivac la cabeza de su hermano perecido en Metauro, él no ultraja á Marcelo, más aún, noble y generoso, más aún, reconocedor de los méritos de su adversario, le tributa honores, recoge sus cenizas, las deposita con respeto en una urna de oro y las envía con solemnidad á Roma. No menos gloriosos fueron los austriacos cuando sucumbió el Mariscal Marceau, este guerrero ilustre cuyo nombre en unión de los de Ney, Lannes, Murat, Moreau, Pichegru, Villaret-Joyeuse son la síntesis de las glorias de la revolución francesa y del imperio. Los austriacos rindieron, pues, también al que mil veces les había hecho morder el polvo, los funerales más augustos y suntuosos. Trescientos cañones anunciaron á Europa la muerte del niño-mariscal. Infantería, caballería, artillería, de alta parada formaban el cortejo; grandes generales, ilustres capitanes educados en la escuela militar de Federico y Gustavo Adolfo, de Condé y de Turena, conducían el cadáver. Estos son los caracteres superiores que tributan honor al mérito aun cuando se halle en sus más implacables enemigos. Aquellos presuntuosos que no encuentran valor, patriotismo sino en ellos; aquellos infames que ven vicio donde hay virtud, que ven tinieblas en la claridad, no son sino monstruos engendra-

---

dos por el demonio en los vértigos horriblos que suceden á los festines infernales.

## X

El Senado Romano..... Primero purifiquémonos en la fuente de Castalia y entremos después, con reverencia, en este augusto recinto, Vestal inviolable, asamblea del Olimpo presidida por el Rey de los dioses. Los mamertinos ultrajan, pifian con silbos y risotadas, y el más insolente mancha con el fango de las calles la toga de un embajador romano. "Reid, reid, mamertinos", les dice, "que pronto lloraréis; estas manchas se lavarán con sangre." Semejantes palabras pronunciadas con toda la soberbia de la dignidad ultrajada cayeron sobre los mamertinos como una descarga de rayos. No se amedrentaron tanto los pueblos cuando, en la primitiva edad, el trueno ensordeció los aires, el rayo iluminó la esfera y se rompieron las cataratas del abismo. Viene la reflexión después del insulto, pero ya era tarde y medrosos y cuitados imploran el auxilio de Pirro, rey del Epiro. "Las falanjes griegas habían hecho enmudecer al mundo." (1) Dos nubes preñadas de electricidad iban á estrellarse y el relámpago y el trueno brotarán de este choque fragoroso..... Grandes, furibundas bata-

---

[1] Bossuet.

llas ilustran á Pirro, pero al ver, después de las victorias, la fiereza amenazadora de los cadáveres tendidos en el campo, vé fulgurar en sus semblantes la belleza de Belona. ¡Cuán fieros están aún sin la vida! Las corazas taladradas, los cascos rotos, los escudos partidos, las lanzas astilladas; la sangre que empapa la tierra, multitud de muertos cocidos á heridas, otros apretando la lanza, arqueros tendiendo sus armas, jinetes empuñando la espada, legionarios que han roto antes de espirar los dardos en su seno; «con tales soldados,» dice Pirro, «fuera dueño del mundo.» Roma había sido vencida en grandes batallas. Desde Pórsena y Tarquino, desde los galos y samnites no había tenido enemigos más terribles. No desespera en su infortunio y altiva, fiera, cual águila herida, «si Pirro quiere la paz y amistad del pueblo romano que salga de Italia» responde, temeraria, á las proposiciones pacíficas del Epirota que, vencedor aún, no quería luchar con titanes. «¿Qué piensas de Roma y los romanos?», pregunta Pirro á Cineas: «el Senado romano es una asamblea de dioses y Roma su templo,» responde su ministro, sublime orador que había ganado con su elocuencia más ciudades que Alejandro con su espada.

## XI

Cartago, tan poco fecunda en grandes hombres, perseguía, calumniaba á los pocos.

---

que de vez en cuando brotaban de su estéril suelo. Amílcar quebranta las cadenas romanas, pone bozal al león que devoraba á su patria; entra, después de la guerra de los mercenarios, en Cartago llevando un rico botín, un manojo de victorias, una presa de inestimable valor: Matos el sedicioso, Matos el valiente, el impetuoso Matos no hará ya temblar á Cartago con sus revoltosos, A Amílcar lo persiguen, lo calumnian y, desgraciado poco después en un asalto contra Metelo, lo regresan á Cartago y el que había hecho temblar á Roma durante siete años, el que había tenido pendiente la fortuna de los Scipiones en España, el que había conquistado mil naciones, el que había salvado á su Patria del incendio, robo y destrucción de los numidas, es puesto en cruz por *incapaz*! Al mismo tiempo Metelo fué deificado y habiendo, poco después, salvado el Paladion de un incendio, el Senado decretó que Metelo podía ir en carro al Capitolio. Nadie hasta entonces había obtenido este honor sino fué Tulia, la infame parricida, que usurpándolo, se presentó en el Senado chispeando el crimen en sus ojos y semblante.

## XII

En Roma los patricios ilustres, los generales vencedores eran inmortalizados. Pórticos, arcos, columnas trasmitían sus nombres á las edades futuras. Antes de entrar en el Capi-

---

tolio los Representantes del Senado iban al campo de Marte á recibirlos. Coronaban al héroe en el carro triunfal. Compañías de músicos rompían la marcha con himnos marciales y cantos guerreros. El incienso, la mirra, el áloe excitaban los sentidos dando á la ovación un carácter lleno de solemnidad. Llegaban al Capitolio donde entraban en medio de los vítores y aclamaciones de un pueblo agradecido.

Mientras que en Cartago el general derrotado era abatido, cuando no puesto en cruz, en Roma se le sustituía, pero no se le degradaba; al quitarles el mando de tal ejército, se les daba la dirección de otro. Fabio Máximo encendió de rabia á los romanos. El pueblo, hambriento de victorias en momentos que Aníbal conmovía á Europa con la tronazón de sus batallas, no podía ver con indiferencia un general que elevara los montes á las nubes ó hiciera rodar las llanuras al abismo, que perseguía al enemigo sin vencerlo. Nadie fué capaz de comprender la sabiduría de su táctica. Fabio unía al valor, el talento militar, al temple romano, la astucia griega. A punto de perseguir al enemigo y de cansarlo, de no presentarle cara sino á diez leguas de distancia, de tenerlo intranquilo ya de día, ya de noche, de no dejarlo dormir, de no permitirle comer, de destruirle su retaguardia, de coparle sus forrajes, lo debilitó y, entonces, fué segura la victoria. Los acontecimientos posteriores de-

---

mostraron que si se sigue este ejemplo, Roma hubiera ahorrado torrentes de sangre y ANIBAL AD PORTAS, marsellesa de Cartago, no consternara, por un momento, á la Reina de las naciones

Ocasiones tuvo el pueblo romano de magnanimidad poco común aún entre ellos mismos. Publio Terencio Varron, batido y destrozado, se presenta en el Capitolio, comunica al Senado el descalabro de su ejército en Cannas. Desde Platea la historia no recordaba una acción de armas tan sangrienta. ¡80,000 soldados, 80 senadores, multitud de cónsules y tribunos y la mitad de la aristocracia tendidos en el campo de batalla! Aníbal está lejos todavía, pero con su caballería numida puede condensarse sobre Roma y estallar en tempestad. Si el Titán cae sobre la ciudad Eterna, adios grandezas, adios heroicidades futuras, pues Amílcar, antes de morir, le había hecho jurar en su lecho de muerte, odio eterno á los hijos de Quirites. Roma, al saber noticias y al presagiar desastres tan terribles, no tuvo aliento para la lucha, pareció desfallecer, y triste, presa del desaliento, se entrega á llorar la muerte de sus hijos. Pero, madre tierna y cariñosa, tiene otros que amparar, y reanimada por el recuerdo de sus glorias, evoca su pasado. Se incorpora, enjuga sus lágrimas y llena de esperanza, empuja otra vez, á Varron ardoroso á las batallas.

No queremos decir que Roma no cometió,

también, crímenes tan execrables como los de Cartago. Los bandidos de Rómulo, esos semisalvajes amamantados por las *lobas*, podían dar caracteres feroces, ímpetus irresistibles, grandes héroes, pero nunca, ó muy rara vez, esos sentimientos que sacrifican los intereses á la generosidad. "En Roma dice Montalvo, al lado de un crimen hay una virtud" Sicilia antes de la primera guerra púnica estaba dominada por tres pueblos poderosos: el siracusano, el cartaginés y el mamertino. Este último, atacado por el segundo, implora el auxilio del pueblo romano. Roma, que estaba ligada á Cartago por varios tratados, no tuvo rubor en romperlos, si bien es justo decir que el pueblo apoyado por los cónsules, y contra el torrente del Senado, fué el que declaró la guerra. Comprendieron los romanos que el poder siempre creciente de Cartago y las ricas posesiones que tenía en Africa, Italia y Sicilia eran una valla para su grandeza y grandeza era lo que ellos buscaban por cualquier medio posible. La toma de Cartago en la tercera guerra púnica fué también obra de la infamia más negra que se haya cometido. Los romanos fueron grandes hasta en los crímenes. Pasan Manilio Nepos y Marcio Censarino al Africa con 80.000 soldados, declaran la guerra por haberse opuesto Cartago á las usurpaciones de Masinisa, acampan en Utica é intimidan la ruina á su adversaria si no se rinde. Los cartagineses acceden á la paz y se obligan á entregar á Roma

todas sus armas, toda su escuadra, todo su ejército, pues, en adelante, Roma se encargaba de defender á Cartago de aquellos enemigos que el mismo pueblo romano impulsaba por medio de la intriga. Recibe Marcio Censorino todos los elementos bélicos y ¡oh iniquidad! en seguida declara, por orden del Senado, la destrucción de la república Cartaginesa, pues que esta nación era una amenaza terrible que tenía el pueblo romano. Pero, no obstante el terror que habían difundido los romanos á los alrededores de Cartago y la perfidia que les quitaba toda resistencia, este pueblo de mercaderes se transforma en un rebaño de leones enfurecidos. Hombres y mujeres, nobles y plebeyos, viejos y niños, todo el mundo pone su contingente para salvar la patria ó, al menos, sucumbir con gloria. Unos llevaban piedras hacia las murallas, otros fabricaban armas; estas hacían cuerdas de sus cabellos, aquellas mil género de elementos de guerra con sus telas ó alhajas; ora se veía centenares de personas derrumbando los templos y edificios, ora millares de jóvenes, mujeres, ancianos trasportándolos al mar para la escuadra. Todo era bulla, agitación, patriotismo. No se oía sino el ruido del martillo, los hachazos en las columnas ó tablonés, el estruendo de los palacios al caer, el grito de estos, las maldiciones de aquellos, las amenazas de unos, los lamentos de otros, la confusión aquí, el murmullo allá, el trabajo y movimiento en todas partes.

---

Forman un ejército y botan al agua una escuadra que espantan, destruyen á los romanos en sus campos. Llega en este momento Scipión, restablece la disciplina, despierta los ánimos abatidos por las derrotas, levanta fortalezas, abasalla castillos; acomete, resiste, empuja; corre en el campo para vencer en la ciudad, nada le detiene, ni los abismos, ni los torrentes, semejante á un cometa se le ve por todas partes y, como el *mistral* de Francia, todo lo barre, todo lo destruye; entra en ciudades que él incendia, cae sobre campamentos que él destroza, entra en bosques que él calcina, cae sobre murallas que él derriba y por donde quiera, la muerte, la desolación, la furia preceden al terrible *Africano*, como si fuera la personificación de todas las iras, de todas las venganzas, como si fuera el Angel exterminador del Apocalipsis cuya espada de fuego amenazara destruir á Cartago. Cartago, lo mismo que Scipión, no era menos terrible. Peleaba por su honor, defendía su libertad, su vida; la vileza de los romanos en desarmarla para destruirla y el amor á la patria, le inspiraron, en su momento supremo, valor, grandeza heroísmo, soberbia. Ese pueblo tan abyecto, tan indiferente á la felicidad de la patria, ansioso sólo de riquezas y esplendor material, mirando con desprecio todas aquellas virtudes que ennoblecían á Roma, supo, en su agonía, sucumbir con gloria como, si avergonzado de sus cobardías, crueldades, avaricias, tratara de bo-

rrar todas sus manchas con gloriosa abnegación. Mucho valor y heroísmo necesitaron los romanos para vencer á aquel pueblo transformado en héroe. Sólo á costa de esa perseverancia, de esa tenacidad, de ese carácter inquebrantables pudieron someter á la soberbia república que tanto miedo inspiraba á Catón y al Senado. Asdrúbal, el general cartaginés á cuyo mando estaba el ejército, desplegó en las batallas la gran táctica militar y el genio guerrero que hizo á la familia Barca la reguladora de los destinos de su patria. Perseguido el último día de Cartago por Scipión el *Africano*, se refugia en el templo de Diana con 500 soldados, que, ya heridos, ya quebrantados, resisten todavía como aquel griego que al derrotarse los persas en Platea se atreve él solo á tomar prisionero centenares de persas que fugaban. Agarra con firmeza la galera, le cortan la mano; vuelve á tomarla con la izquierda y le desgarran el brazo, la aferra con los dientes y le vuelan la cabeza. Agobiado por el número, se rinde Asdrubal, pero después de haber destrozado al enemigo. Su mujer cree ver una vileza en este último acto de su esposo y le insulta llamándole cobarde, infame, hijo espúreo de Cartago y excita al *Africano* á que castigue su traición. ¿Qué le quedaba á la mujer de Asdrúbal después de la destrucción de Cartago? De una ojeada vió su peligrosa situación. Ella sería arrastrada, envilecida, encadenada por los enemigos y

---

adornaría el carro triunfal de Scipión. Por cualquiera parte no miraba sino peligros: aquí la deshonra, allí la tortura y más allá la muerte ó la cautividad. Dotada de gran carácter, embellecida por las glorias de sus hermanos, glorias que parecían reflejarse sobre su frente, no podía avenirse con su degradación. Heroína y como heroína serena é imperturbable, «con la misma claridad que en la paz veía los más pequeños detalles en una batalla, en un sitio, en un asalto.» Impetuosa en su valor, ardiente en su fantasía, sube en el momento de mayor peligro, cuando Scipión era un torrente devastador, una tromba marina, cuando el ejército romano respiraba mortandad y estrago, sube, repito, á las torres de su palacio y desde ahí extermina á los romanos con las piedras y flechas que arroja sobre ellos. Pero, al fin, pierde la esperanza, vé flaquear á los generales cartagineses y, entonces, participando de la agonía de su patria, es acometida de uno de esos delirios, efecto de la agitación, de la vehemencia y ardor de espíritu. Vé á los Asdrúbales conquistando la Numidia, la Sicilia, España; arrojando á Agatocles de Cartago, venciendo de los romanos en mil combates terrestres y navales, venciendo á los mercenarios primero, destruyéndolos después; echando á pique las escuadras de su adversaria, enrojando el mar con la sangre de sus enemigos; vé á Cartalón destrozando á Junio bajo las rocas de Camarino,

á Jantippo derrotando y haciendo prisionero á Régulo en Túnez, al soldado rodio cómo se burla mil veces de la vigilancia de los romanos, cómo los reta, cómo los espanta con sus proezas; á Imilcon desconcertando á los hijos de la rival de Cartago en el sitio de Lilibea, cegándolos, destruyéndolos, horrorizándolos, valiéndose de la tempestad y del incendio, que se desencadenaron en ese momento, para anonadarlos; arrojando sobre ellos el polvo, las astillas, los trapos que levanta el viento; las llamas, los maderos que desprenden los torbellinos; las piedras que remueve el huracán. Sobre todos estos generales, sobre todos estos héroes, sobre todos estos ilustres guerreros y conquistadores vé allá en la cima, á Aníbal contemplando las trágicas convulsiones de Cartago, llorando de dolor, pero, al mismo tiempo, furioso de estar reducido por la muerte á la impotencia y no poder blandir su espada invencible en defensa de su patria. La Trebbia, Trasimeno, el paso del Ródano, la subida á los Alpes, Cannas, mil otros nombres de fortalezas que él ha asaltado, de murallas que él ha demolido, de ciudades que él ha tomado, de sitios que ha hecho levantar á los romanos, de acciones nobles y generosas, de golpes sublimes de genio forman su corona resplandeciente. Su voz atronadora parece impulsar á los soldados, su aspecto bello pero terrible parece animar á los tenientes, su diestra levantada empuña un haz de rayos que los vi-

---

bra contra los romanos; en sus ojos hay una tormenta, fulgores de relámpagos, destellos de fuego exterminador; sus cabellos agita, levanta, revuelve el huracán bien así como la rabia eriza la melena al león enfurecido; despliegan sus labios las maldiciones y amenazas de los profetas. Deslumbrador, grandioso, sublime se presenta á la imaginación de la mujer de Asdrúbal el continente del héroe cartaginés. Tiene la fantasía de lo espantoso, la hermosura de la venganza, la bella terribleza de la guerra. Todas estas alucinaciones mezcladas, confundidas; todos aquellos acontecimientos de los tiempos pasados se reprodujeron en la fantástica imaginación de aquella fiera mujer. Los últimos estremecimientos convulsivos, los postreros estertores de la agonía de Cartago sacan del éxtasis á la heroína cartaginesa y vuelven á su vista atónita las peripecias de la lucha actual; los cartagineses luchando cuerpo á cuerpo, de casa en casa, de columna en columna; Scipión asaltando murallas, unos á otros degollándose en los palacios, en los templos; el incendio lamiendo con sus lenguas de fuego los minaretes de las torres, las máquinas de guerra abatiendo las fortalezas, derruyendo las murallas; los gritos de los heridos, las súplicas de los vencidos, el estertor de los moribundos, el rumor de las derrotas, el tropel de los caballos, por fin, á Asdrúbal rindiéndose en el palacio de Diana con sus 500 compañeros. Nueva indignación, nueva

furia la dominan en este momento. Con la cobardía de Asdrúbal se manchaba la gloria política y guerrera de su familia. Poseída, pues, de la soberbia de los Barcas, degüella, al tiempo que apostrofa cruelmente á Asdrúbal, á sus dos hijos, y cubriéndolos de besos, desgarrados sus vestidos, loca, cual frenética vacante, deslumbradora de belleza y heroísmo, vomitando imprecaciones terribles contra los cartagineses á quienes élla había visto pelear como leones, amenazando á los romanos con las maldiciones de los dioses, con el fuego del cielo, con el azote de otros pueblos, con la ira de conquistadores que vengarían los crímenes horrendos de aquellos malvados, desgredada su cabellera que ya chamusqueaba el calor del fuego, inyectados los ojos por la rabia y agitación de la sangre, espumosos los labios, animada por la gloria, radiante, sublime, se precipita al fuego, y parece estrechando, todavía, los palpitantes cuerpos de sus hijos.

### XIII

Los cartagineses al ver las señales de tormenta, al oír bramar la tempestad, no ofrecían apoyo á su gobierno, ocultaban sus riquezas temerosos de perderlas. En momentos de conflicto no quedaba romano que no luchara, que no pusiera su fortuna, sus peones, y hasta sus útiles de labranza á disposición del Senado. Ya en el templo, ya en el tribunal;

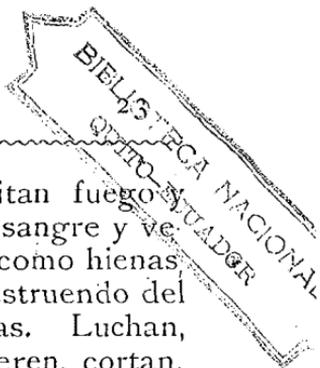
---

ora en el Capitolio, ora en el campo se sirve á la patria: éstos con la sabiduría y con las armas, aquellos con las invocaciones y el consejo. Debido á este patriotismo, á esta abnegación, Roma siempre pudo oponer á sus enemigos, aún en momentos de mayor peligro, ejércitos y escuadras formidables. En tiempo de las batallas navales de Erix, de Lilibea, de Drepano; de Camarino y de Pachino en donde la tempestad, más que el enemigo, destruyó la escuadra romana que, incauta todavía, no sabía evitarla, los romanos dieron pruebas elocuentes de ese desprendimiento, de ese caudal de generosidad siempre que se tratara de sufragar para nuevas flotas. La que se equipó y puso bajo el mando del cónsul Lutacio, después que los cartagineses destruyeron el poder naval de Roma, quedando absolutos soberanos del mar, fué construída por sólo el pueblo. Cada particular hizo un quinquere-me, tomando por modelo uno cartaginés encallado por las olas en Mesina. Después de la batalla de Trasimeno y de Cannas, las cajas fiscales, casi exhaustas, no tenían lo suficiente para apréstos bélicos. Todo el mundo, desde el senador hasta el soldado, desde el rico hasta el más pobre, contribuyó con su peculio para la salvación de la patria. Las mujeres se despojaron en el Senado de sus brazaletes, de sus collares, hasta de sus mantos para comprar lanzas, flechas; cascos, escudos y corazas. Este es el pueblo romano, pueblo

altivo y soberbio, cuya gloria se cifra en la grandeza moral, pueblo en cuya felicidad no entran las riquezas, ni en cuyas costumbres tienen trono ni el lujo ni el esplendor material; sino, por el contrario, la sencillez, y frugalidad. Cometió, ciertamente, crímenes inauditos, abandonó encadenados á los enemigos de Roma á dos cónsules, el uno en las horcas caudinas, y el otro en los muros de Numancia, por hacer tratados vergonzosos; destruyó á Veyes, al Samnio, al Lacio primero; á Cartago, Corinto después, porque se oponían á su crecimiento, porque le quitaban el aire que necesitaban sus pulmones poderosos, porque, en fin, detenían su carrera triunfal condensando nubes de flechas sobre su frente y abriendo abismos fatídicos bajo sus pies.

#### XIV

Los ejércitos cartagineses eran comprados en las cortes extranjeras. De este modo sacaban de las Baleares sus hábiles honderas, su terrible infantería de entre los españoles, de las Galias soldados que cruzaban sus flechas con el relámpago matando las aves que se cernían en el espacio; de la Numidia su caballería de crines encendidas, águilas veloces que se beben los espacios, horribles al empuje, pavorosas en la fuga ¿Quién se opone al torrente de estos centauros de cuyas crines penden cabezas humanas? ¿Quién resiste al embate de



estos seres hiperbóreos que vomitan fuego y despiden flechas empapadas en sangre y veneno? Al acometer acometen, como hienas, dando un mugido semejante al estruendo del mar al estrellarse sobre las rocas. Luchan, empujan, chocan, rechazan; hieren, cortan, destrozan con los botes de sus lanzas. Ya me parece oír ese *chis chas* que horripila, ese gemir irritada la cuchilla que desgarrá el cuerpo humano. Si el hierro rechaza el hierro, si la lanza se embota en el escudo, si al grito responde el mugido, ahí es la derrota del ejército mercenario.—¿Qué razón tenía para ser héroe? ¿Peleaba por su patria? Si acometían feroces era por ira, por rabia salvaje, no por gloria. ¿Despertaban en ellos el pundonor? Les prometieron, alguna vez, hacerlos libres ó darles la ciudadanía cartaginesa, ó por lo menos, amenguar el despotismo de sus reyes? Nada. Después que no los necesitaban los licenciaban y volvían á la esclavitud de sus tiranos.

Las guerras eran para ellos su profesión lucrativa. No se les pagaba puntualmente, interrumpían el orden público y el pillaje, robo y asesinato eran su disciplina militar. De guerreros daban en facciosos, de defensores de una nación en fomentadores de guerras intestinas. La *inexpiable*, llamada así por la ferocidad y los torrentes de sangre que se derramaron, nos demuestran á qué punto llegaron sus osadas exigencias. El Senado al oír la grito se humillaba, como esclavo, y compla-

---

cia los caprichos de los turbulentos que amagaban su existencia. Así, pues, confiando la seguridad de la Patria á manos extranjeras, y estando expuesto por las mismas que lo defendían, no podía manejar el poder necesario para una guerra cuyo éxito feliz dependía del patriotismo en el soldado y de la probidad en el Gobierno. En la primera guerra púnica un ejército amenazó á su cónsul pasarse al enemigo si no se le pagaban, inmediatamente, sus sueldos atrasados; pero el senado cartaginés, cuyos sentimientos modelaban todas las fisionomías de la infamia, mandó á los descontentos asaltar una plaza donde había un ejército romano, no sin prevenir antes á los cónsules su negra traición. Todos cayeron prisioneros y ¡4,000 galos fecundaron con su sangre el campo enemigo! Hannon degüella millares de italianos por no poder tomar Mesina. Hieron saca de entre los siracusanos la mitad de su ejército formada de tarentinos, los lanza á una batalla, hace una falsa maniobra *con la otra* y la entrega á la cuchilla romana (1)! Augusto que había huído vergonzosamente ante un ejército que creyó enemigo, y que era suyo, lo pasa por las armas, pero al menos no quiso dejar un testigo de su miedo (3); pero los cartagineses ¿porqué degollaban, porqué traicionaban á sus mismos defensores? Cier- to que eran revoltosos, y hasta traidores, pe-

---

(1) Polivio.—(2) Diodoro de Sicilia.—(3) Tácito.

Casilino y Espoletto oscurecieron el porvenir del ATLETA!

Lo contrario hacía Cartago. En lugar de atraerse el cariño de sus colonias y aliados se hacía aborrecible por su despotismo. Impedía amurallar sus ciudades para poderlas subyugar con más facilidad en caso de que se sublevaran. Por este sistema, pues, Agatocles pudo someter trescientas naciones, tributarias de la gran República, en pocos días.

Roma al conquistar trataba á sus conquistados como una madre cariñosa á sus hijos. Si sus hijos se revelaban contra su soberanía, cierto, también, que los castigaba muy severamente. Cartago, madrastra de los suyos, los destruía, los anonadaba desde el principio, les ahogaba todo impulso grande, toda afección noble á fin de envilecerlos, á fin de conaturalizarlos á la tiranía: la primera (Roma), dejaba á los vencidos sus usos, sus leyes muchas veces, sus instituciones; la segunda, (Cartago), imponía, alevosa, sus costumbres, derribaba como el soldado de Alejandro la estatua de Serapis en Egipto, todo aquello que difiriera de su carácter. Esta tiranía, este yugo atroz tenía siempre á las colonias propensas á la sedición é independencía. La Numidia, la Mauritania primero; Utica, Sicilia después se sublevaron á causa de su despotismo tan execrable. La guerra de los mercenarios, esa guerra de la que decía Polibio, no haber visto otra igual por lo feroz é impía, no tuvo otro origen

---

posponen intereses, gloria, felicidad, amor filial á la salud de la patria.

Mientras que lucharon con los galos y Sannites no necesitaron de auxiliares, más habiéndose derramado con profusión sangre romana en la conquista de aquellos pueblos, tuvieron que recurrir al apoyo de sus colonias; pero como observasen que el soldado liberto ó mercenario no peleara por convicción, les inspiraban el amor á la gloria extirpando aquellos sentimientos propios de naturalezas incultas y bravías; los excitaban á sobrepujar á sus compañeros sembrando en su pecho la emulación que eleva y no la rivalidad que deprime, los trataban con cordialidad haciéndoles tomar parte en sus festines, los convertían á la religión ó los lisonjeaban con la ciudadanía romana. La alianza de Roma, el goce de los derechos políticos y civiles, la facultad de ser elector ó elegibles para las magistraturas, la de dar su voto en los comicios: hé aquí la cima de las aspiraciones de estos pueblos. Estas colonias que Roma oponía á las irrupciones de sus enemigos llegaron á servirla de baluartes inexpugnables. Roma vino á ser, pues, el cerebro de una cabeza de bronce para romper cuyo cráneo se necesitaba la maza de Hércules. Cuando Aníbal se preparaba á pasar el Ródano, los galos lo rechazaron un momento, pero si aquí encontró una muralla de barro, iba á encontrarlas de acero: Nola,

---

grados eran un obstáculo para estos hombres esclavos del deber y de su misión. Postumio condena á su hijo y lo ejecuta. Papirio, el cónsul, en una guerra contra los sannites, condena, también, á Fabio, por que en su ausencia había librado sin su permiso una batalla no obstante de haber salido victorioso. Su padre manda á los lictores cumplir la condena que había pronunciado contra su hijo, pero los soldados vencedores se oponen á élla. Llevan el asunto al pueblo y Papirio inflexible, sentado en su tribunal, vuelve á sentenciarlo. Ya iban á cortarle la cabeza cuando los tribunos, los senadores, los magistrados y el pueblo se echan á sus pies y piden clemencia para el héroe. Los romanos eran severos, pero también susceptibles de ternura. Papirio, enterrecido, dice á Fabio: «Levántate, Fabio, estás perdonado; pero congratúlate de ese concierto unánime de todo un pueblo en defender tu vida, más bien que de esa victoria con que tu joven corazón se había ensoberbecido locamente.» (1) Bruto, el que destronó á los Tarquinos, sentencia también á su hijo, por conspirar contra Roma, y asiste á su muerte. Don Alonso Pérez de Guzmán, el Bruto español, arrojando su espada á los moros en Tarifa para que degüellen á su hijo predilecto, es otro ejemplo terrible de aquellos héroes que

---

(1) Títo Libio.

---

Después de una batalla los cartagineses hambrientos, como aves de rapiña, caían con el mayor desorden sobre el botín y los más fuertes más ganaban en este segundo combate. Los romanos, por el contrario, conservaron, siempre, la moderación más prudente. La mitad de la legión iba á recogerlo y la otra quedaba en el campo para evitar una sorpresa. El Tribuno repartía el botín según la edad, el valor ó el número de campañas. Ni los enfermos eran olvidados y muchas veces, según su hoja de servicios, fueron los más favorecidos.

Las legiones estaban tan bien organizadas que era imposible un asalto, una derrota por falta de vigilancia. Estando, pues, todo previsto; teniendo atalayas en cada cerro, en cada foso, reducto ó punto peligroso, no hacían sino alcanzar la victoria cuando el enemigo se lanzaba al campo de batalla.

Las masas espesas en que los cartagineses distribuían su ejército era otra gran desventaja para éstos, pues, sus evoluciones, cuando no imposibles, sólo se llevaban á efecto con grandes dificultades y sacrificios. Los romanos, al contrario, divididos en pequeños grupos, podían moverse con libertad y hacer flores con la lanza quiritaria.

El legionario que en el servicio militar no observase con estrictez las leyes de la disciplina, era azotado; y si sobrevivía, expulsado del ejército y marcado con la infamia. Ni la amistad más estrecha, ni los vínculos más sa-

---

cuyo motivo la mayor parte de estos desgraciados se lanzaban frenéticos á muerte segura.

El legionario que por su valor hubiera despojado á su contendiente era ennoblecido con insignias consulares, pudiendo, además, llevarlas públicamente al Circo que se le abría desde este momento, y colocar sus trofeos en las partes más visibles de sus casas ó propiedades.

Al que después de una batalla refería hazañas que no había hecho se le envalaba, es decir, se le ponía al cepo, ley muy necesaria en nuestros tiempos y que por desgracia no la disfrutamos.

Al primer soldado que escalaba una muralla, una fortaleza se le ceñía con una corona de grama.

La legión cuyo jefe era hecho prisionero recibía su castigo. En un ataque contra los ligures, Petilio, su cónsul, no volvió á su campo. El Senado decretó la suspensión de los sueldos, el licenciamiento y la inhabilidad de los soldados de Petilio para defender la Patria. No es raro, por lo mismo, que algunas legiones para restablecer su honor se sacrificaran por recobrar su cónsul.

El soldado que libraba de la muerte á un colega era recibido en el Senado y premiado con una lanza. Desde este momento el libertado debía á su libertador el más humilde acatamiento, siendo para éste como un hijo respetuoso.

---

las águilas romanas desde las orillas del Tíber á las márgenes del Betis. Un brazo de hierro necesitaban para postrar todos los imperios y un «pecho de fuego para infundir con su aliento un espíritu á la humanidad».

No había ciudadano que no tomara parte en estas justas. Los nobles y los plebeyos tenían á honor mezclarse en éllas para disputarse la victoria. Unos arrojaban grandes piedras, otros dardos y flechas; estos luchaban con la espada, aquellos cuerpo á cuerpo; aquí corrían á caballo, allá saltaban cinco carros. El ejercicio militar, dice Montesquieu, era de veinticinco millas que había que correrlas en cinco horas. Se arrojaban al Tíber desde los puentes más elevados y permanecían largo tiempo en el agua llevando, á intervalos, suspendidas, las piedras de su orilla. Todas estas costumbres contribuyeron eficazmente á dar al soldado romano ese carácter feroz que no encontraba valla en el combate y á dotar «á Roma de la milicia mejor que haya existido.» (1)

Si los manípulos (es decir una de las subdivisiones de la legión) eran rechazados por el enemigo, el Tribuno condenaba á muerte al que designara la suerte; y á los demás los degradaba dándoles cebada en vez de harina.

El soldado que dejaba su lanza en poder de su adversario era pifiado y escarnecido; por

---

(1) Bossuet.

---

Pacífico formaron el carácter de la milicia de Cartago. Los cartagineses creían, pues, que reuniendo veinte lenguas, veinte religiones en cada cien soldados sería imposible una revuelta entre gentes de tan distintos temperamentos y costumbres.

A diferencia de Cartago, Roma conservó la unidad absoluta en sus legiones hasta las guerras púnicas. Formadas con ciudadanos desechaban á los esclavos y proletarios. Comprendiendo que el patriotismo sería el único móvil para su grandeza, avivaron este sentimiento inspirándoles el amor á la gloria.

Ningún ciudadano, dice Tito Livio, podía pretender magistratura alguna antes de haber hecho diez campañas. Así, pues, la ambición á los puestos públicos era entre ellos el palenque de la gloria.

El que se consideraba bastante grande se separaba del ejército y pedía al Senado la edilidad ó la cuestura. Scipión, el futuro vencedor de Cartago, pide la primera á los veintidos años, y como se le objetara su tierna edad, dice: «Tengo bastante gloria.» Si no obstante, eran rechazados, volvían al campamento hasta hacerse más ilustres. En este gran pueblo el hombre crecía en grandeza y heroísmo.

En Atenas, el gimnasio sacó esos griegos que postraron en Maratón y Salamina el fausto y orgullo de los poderosos reyes de Oriente. Los romanos en sus juegos del campo de Marte las legiones que debían llevar victorias

---

ro con justicia algunas veces, pues sus mismos generales les robaban sus sueldos y el Senado, muchas veces, los disolvía trampeándoles sus haberes.

Ahora: ¿qué táctica, qué disciplina militar observaban en sus campañas? «Engendrados en el fragor de las batallas» (1), mecida su cuna por los huracanes, abrigada por las nubes de flechas de los combates, arrancando á los elefantes su piel para cubrirse, amamantados con la sangre de las fieras, cual los tracios «el incendio de las ciudades era su antorcha,» y cual Calígula «los ayes del moribundo su música más regalada, las contorsiones de los heridos su espectáculo más embriagador»; la indisciplina, la traición, la venganza su carácter peculiar. El león de Bengala le dió su rabia y su rugido, el tigre africano su sed de sangre, la pantera del desierto su ímpetu veloz.

Cartago no pudo comprender que la unidad del ejército constituye toda la fuerza de las naciones beligerantes. Agrippa se propuso reunir en Roma todas las aguas, todos los climas; Lúculo todas las plantas, todas las aves, todas las fieras; los cartagineses en su ejército todas las gentes. El hielo de los Apeninos y el fuego del Africa; la bonanza del golfo de Vayas y las tormentas del Atlántico; el huracán del Ponto-Euxino y las brisas del

---

(1) Castelar.

---

sino la mala fé y criminalidad de su Senado.

Cartago conquistaba para especular, para envilecer. Roma, atenta siempre á su engrandecimiento, conquistaba para aprender y conservar. «Las guerras eran para ellos una meditación, la paz un ejercicio.» (1) Las guerras de Pirro fueron la escuela militar de Roma bien así como las victorias de Carlos XII sobre Pedro el Grande, hicieron de éste el Capitán más eminente del siglo XVIII. Con profesor tan distinguido como Pirro, salieron discípulos aprovechados. (2) Los elefantes que tanto los espantaron en la batalla de Heraclea llegaron á ser sus máquinas de guerra. Evitaron los llanos y buscaban sitios ventajosos. Antes de Pirro todo era confusión en sus legiones, después de Pirro todo orden, todo armonía.

Lo bueno, lo grande de los países sometidos se *romanizaba* y, cual Shakespeare, decían que todo lo de mérito era de ellos y que al tomarlo solo hacían uso del derecho de propiedad. Los elementos de poder que hallaron en Etruria, Grecia, el Lacio se los apropió asimilándolos á su constitución. Tomaron á Etruria los doce lictores, la silla curul, la pretexta, la ciencia de los augurios «con toda aquella pompa que hicieron el esplendor de los Tarquinos y que contrastaba con la rudeza y simplicidad de los antiguos romanos.» (3) Como en los primeros tiempos, es decir, en la

---

(1) Flavio Josefo.—(2) Evremond.—(3) Tito Livio.

cuna de su nacimiento, las sabinas no quisiesen aceptarlos por maridos por los crímenes que se les atribuían, se lanzaron sobre ellas y se las apropiaron con violencia. La Sabinia, este rincón oscuro de la tierra, fué ¡quién lo creyera! la causa de la grandeza de Roma, pues inculcó en los bandidos de Rómulo la severidad de sus costumbres y sus sentimientos belicosos.

## XV

En Cartago, dice Polibio, no hay torpeza donde hay ganancia. Así, pues, en esta república, no reina esa magnificencia moral, esa elevación de espíritu que hizo prodigios en Roma. Los ricos, los poderosos eran los únicos que podían aspirar á las magistraturas, porque su situación los ponía en posibilidad de comprarlas. No así en Roma donde solo eran exaltadas las virtudes, la pobreza y honorabilidad. El orgullo, la insolencia, la molicie, el lujo eran los caracteres de los cartagineses; la dignidad, la sencillez, el patriotismo los de los romanos.

Los dictadores, los cónsules recibían la púrpura dictatorial ó consular en el arado. Cincinato y Atilio Serrano recibieron á los embajadores en sus ranchos, junto á los bueyes, sentados en una mesa rústica, cubierta de vasos de arcilla.

Dos cosas lisonjaban á los romanos en esta época: el ser pobres y el servir á la Pa-

---

tría bien en el Senado, bien en el Foro, bien en el campamento.

Régulo escribía al Senado que lo removieran del ejército porque su familia, pobre é indigente, necesitaba de su brazo para sustentarse<sup>(1)</sup>. Régulo, el vencedor de mil pueblos, el que coronó á Roma con las preseas arrancadas á mil pueblos, era pobre como el artesano más humilde entre nosotros. Curio y Emilio Papo, grandes vencedores, soberbios conquistadores, condimentaban éellos mismos su comida. Rufino, varón consular, fué expulsado del Senado porque en una conquista se reservó una bajilla de plata. Las costumbres más que las leyes Sumptuarias reprochaban el lujo y aquellas eran tan severas que tenían más sanción que las leyes.

## XVI

Aristóteles, Justino por referencias de Teopompo, Polibio sobre todo, nos dan preciosas noticias de la constitución de Cartago, pero no debemos creerles sin restricciones. Aristóteles le da mucha sabiduría, aserción que ratifica Polibio pero refiriéndose á épocas anteriores. El Gobierno se componía, como en Roma, de tres entidades políticas: dos magistrados supremos, *sujetas*, que eran los encargados de administrar justicia, hacer rendir

---

[1] Tito Livio.

---

cuentas á los empleados públicos, como los cuestores en Roma, y proponer las leyes, como los cónsules; el Senado que declaraba la guerra, hacía la paz, firmaba los tratados, compraba á los mercenarios y, en fin, era el principio vital de la República; y el pueblo. Pero éste que en Roma no imponía su voluntad en la dirección de los negocios públicos, en Cartago ya se había hecho soberano y en todas las decisiones reinaba su voluntad. En Roma el Senado era el pensamiento, el pueblo la acción. En Cartago, Pueblo y Senado, eran una misma cosa. En Cartago las leyes habían llegado á esa decrepitud que señala la decadencia de los pueblos; mientras que en Roma estaban en todo su vigor y podían, por lo mismo, resistir, como una roca, á las tempestades. Un poco quebrantadas con los vacíos que dejó la espada gala, volvió á renacer como un árbol mutilado, con mayor fecundidad y lozanía.

No existía en Cartago ese equilibrio é igualdad en los poderes que hizo á Roma soberana de los reyes. Si el Senado podía destituir á los cónsules nombrando un dictador ó prorogarles el mando con el proconsulado; mandar embajadas á los pueblos; resolver las diferencias de las colonias, socorriéndolas ó castigándolas; si el Senado, repito, tenía facultad de castigar los crímenes públicos como asesinatos, conjuraciones, envenenamientos; su poder se estrellaba contra los tribunos que

---

podían contenerlo con su *veto*, contra el pueblo por la omnipotencia legislativa de las tribus y centurias y por los censores que podían degradarlos.

Los cónsules, representantes del poder monárquico, recibían á los embajadores, convocaban la asamblea, proponían las leyes. En la ciudad eran magistrados supremos, en el campo dueños absolutos del ejército; podían hacer tratados, contraer alianzas, mejorar la disciplina, disponer las combinaciones de la guerra, lanzar á éste, contener á aquel y reprimir á todos. Pero sin el Senado no tienen armas, alimentos ni refuerzos; sin el pueblo no tienen el triunfo, y sin los tribunos, seguridad alguna, pues que pueden obligarles á dar cuenta de sus actos.

El pueblo que es soberano en el Foro está refrenado por los grandes. Sin éstos no tienen trabajo ni auxilio. El poder judicial, que reposa en los senadores, los contiene. Los grandes á su vez, están restringidos por el mismo pueblo. Los romanos son altivos y si se les ultraja salen de la ciudad con sus dioses y penates, dejando á sus opresores entregados al cultivo de sus tierras y expuestos á las irrupciones de los enemigos. Durante las guerras de los latinos, los poderosos valiéndose de la pobreza ocasionada por las guerras, abusaron de los plebeyos, esclavizándolos con sus usuras. Un pobre esclavo, poseído de las furias, de los valores, de la elocuencia de las turbas,

se presenta en el Foro, con las carnes despedazadas, con las heridas abiertas, destilando sangre por todo el cuerpo; rasga su vestido, presenta al pueblo las lanzadas recibidas en las últimas campañas, enseña las cicatrices que han endurecido su piel, las decoraciones ganadas por su valor. Dice que durante las guerras con los sabinos su hogar había sido quemado, taladas sus campiñas, su familia asesinada por aquellos enemigos, y que, al volver á la ciudad, la miseria le obliga á contraer deudas y venderse como esclavo; que su patrón, un usurero infame, le condena á pagar sus intereses con el humilde patrimonio de sus mayores, y que, por fin, no saciado con nada le da de latigazos y le atormenta con los suplicios más salvajes. Mil esclavos impulsados por este ejemplo, hacen lo mismo y no queda uno que no se queje de la tiranía de su señor. La muchedumbre prorrumpie en un grito de indignación. Una misma rabia, un mismo ímpetu, unos mismos sentimientos agitan á todo el pueblo. Las maldiciones de todos lanzadas á una voz, los odios de todos sentidos por un solo pecho fueron las amenazas que los ricos recibieron de sus oprimidos. El rumor de este escándalo repercute en todas partes, y los volscos, aprovechando la discordia amenazan á Roma en sus murallas. El Senado, lleno de espanto, llama al pueblo á defender la Patria, pero éste, trasportado de alegría al ver tan pronto su venganza, contesta

---

insolentemente: que expongan los ricos sus vidas, que sufran los rigores de la guerra ya que se reservan sus frutos. El Senado conmovido por su próxima ruina, les ofrece mil privilegios, los lanza al campo, derrotan á los volscos y orgullosos vuelan á Roma á exigir el cumplimiento de su palabra; pero Appio, el enemigo irreconciliable de los plebeyos, Appio cuyo corazón no siente otro sentimiento que odio al pueblo, dominaba en el Senado y lo obliga á violar su juramento. El pueblo, furioso y desilusionado, se retira al monte Aventino de donde regresa lleno de poder y soberanía. Estos son los romanos.

“Laboulage, el célebre historiador de los Estados Unidos de Norte América, dice Ortolán, ha demostrado de la manera más importante de qué modo se establecía el equilibrio político en un sistema como el de la república romana, en el que los diversos poderes se hallaban poco definidos, mal separados, sin acción directa los unos sobre los otros, en donde las magistraturas eran en su mayor parte, dobles ó múltiples; en donde los magistrados, aunque entre algunos de ellos había una gerarquía honorífica, no tenían gerarquía de autoridad, ni ejercían mando de superior á inferior, y en donde cada uno era independiente, irresponsable en su esfera durante el tiempo de su magistratura, y en donde por último, aquellas diversas esferas tenían con frecuencia numerosos puntos de contacto.”

“Una de las principales causas de aquel equilibrio, continúa Ortolán, consistía precisamente en la dualidad ó multiplicidad de las mismas magistraturas, y en el derecho de *veto* ó de oposición que, organizado de una manera general, pertenecía á cada magistrado contra los actos de los demás magistrados sus iguales ó superiores, y á los tribunos y plebeyos, con respecto á todos los magistrados y hasta el Senado. De tal manera que, impotentes para mandarse unos á otros, los magistrados de categoría, se hallaban en disposición de vigilarse, de contenerse, de reducirse á la inercia, y de interponer por consiguiente, recurso de uno á otro; y aun cuando cada uno pudiera obrar con separación, todos los que se hallaban revestidos de un mismo poder estaban obligados á ponerse de acuerdo, para que los actos de uno no fuesen paralizados por la oposición de otro; de esc modo con mucha frecuencia, en el mismo colega de un cónsul, de un censor ó de un tribuno de la plebe, se encontraba el correctivo, de los excesos, de la injusticia ó de la arbitrariedad de los demás. Instrumento que, en vez de producir simplemente el equilibrio, hubiera podido degenerar en una rémora ú obstáculo para el movimiento, si las costumbres públicas, el conocimiento general y bien entendido del juego de las instituciones y la fuerza de los precedentes no hubiesen impedido el abuso.” (1) Después

1 Ortolán. Historia de la Legislación romana.

---

de la primera guerra púnica, cuando ya Roma tenía otro carácter en sus costumbres, los censores mandan construir magníficos pórticos para teatros y el cónsul los manda derribar. Hay una sequía en las campiñas y el pueblo romano que siempre fué el más supersticioso levanta estatuas á Flora, la diosa de la fecundidad; pero el Senado lleno de vergüenza por los recuerdos que despertaba en ellos la execrable prostitución de esta ramera promovida á la categoría de diosa, manda á derribarlas.

## XVII

La religión que antes de los guerras *antibálicas* inspiraba á los romanos sus heroicidades y patriotismo; la religión sin cuya asistencia no se hacía nada en aquel pueblo; no ejercía ninguna influencia saludable, más aun inspiraba la perversión de todos los sentimientos entre los cartagineses. En Roma los templos eran lugares de adoración, los lugares á donde se asistía con gran pompa y solemnidad á invocar á los dioses y á encarecerles el bien de la Patria. En Cartago eran el lupanar de las escenas más execrables, escenas que me privo de narrarlas por no tener perífrasis para revestirlas. Estas escenas eran el vértigo de la razón, el anonadamiento de la virtud, el cruel martirio del pudor. Las escenas dantescas no son tan horribles, ni tan espantosas, en Milton, las luchas de hidras y fantasmas. En

toda su religión dominaban sombrías imágenes, torturas, sacrificios, conciliábulos nocturnos, supersticiones nefandas que envilecían los sentimientos. En una peste echaron en el vientre inflamado de su dios Baal, doscientas criaturas, y como se recrudecieran los males, creyendo que Baal no aceptaba víctimas que no fuesen de Cartago, ahogaron, ó mejor dicho, sacrificaron una multitud de jóvenes á Neptuno. Cuando Agatocles, tirano de Siracusa, los amenazó en sus muros, arrojaron á la hoguera, que era el pedestal de su divinidad propicia, gran número de hombres y mujeres, para implorar el auxilio de su dios. Darío, rey de Persia, y Gelon, de Sicilia habiendo obtenido influencia en los negocios políticos de la República, estipularon en sus tratados el extirpamiento de aquellas bárbaras costumbres; pero nada pudieron contra un mal cuya gangrena se había apoderado ya de todo el cuerpo y así pues, duró hasta el siglo III d<sup>de</sup> J. según Tertuliano. Una religión tan infame, una religión cuyos ritos manchaban á cada paso los altares, una religión cuyo espíritu envilecía á sus adeptos haciéndolos cometer toda clase de iniquidades ¿qué afección noble, qué sentimiento generoso, qué elevación de espíritu podía inspirar á los cartagineses?

Mientras la religión no tuvo mezclas, y mientras la pureza de costumbres no corrompió el carácter de los hijos de Rómulo, los romanos hicieron prodigios. Roma no hubiera

---

llegado á ser tan poderosa sin su carácter esencialmente religioso. Antes de toda deliberación, de todo consejo, de toda invocación; antes de cada conquista, de cada sitio, de cada batalla se consultaba á los dioses. El vuelo de un ave, los círculos que describía en el espacio; el cacareo de las gallinas; la dirección del rayo, la luz más ó menos viva del relámpago; los hígados, el corazón de los animales; el piafar de los caballos, su furia ó su docilidad; el murmullo de las fuentes, la bonanza ó la tempestad del océano; la abundancia ó la sequía de los campos y sementeras; un grito, una plegaria, un acento elegíaco; la inanición de los pollos sagrados, un asesinato, una desgracia fortuita, la opacidad del ciclo, todo era objeto de los exámenes del oráculo. Así, pues, los destinos de Roma estaban dirigidos por los augurios. Una vez que Rómulo y Remo salieron de la esclavitud de Numitor, resolvieron fundar la ciudad, pero como fueran gemelos no sabían sus compañeros á cual saludar como rey. Rómulo fué á situarse sobre el monte Aventino y Remo sobre el Palatino. Remo vió seis águilas y Rómulo doce. Rómulo, pues, fué el soberano de la nación. La víspera de una batalla naval los soldados vinieron á decir á Appio Pulcher: «los pollos no quieren comer»—«echadlos al agua para que beban», respondió el cónsul. Las legiones atemorizadas, de antemano, por tan sacrílega impiedad, no osaron, ni siquiera, resistir

á las primeras embestidas del enemigo. El día de la batalla de Trasiménó, de esta gran batalla durante la cual un espantoso terremoto torció el curso de los ríos y torrentes, sin que lo apercibieran los combatientes, siniestros presagios anunciaron á Roma su derrota. Las espigas habían sudado sangre, la tierra exhalaba vapores ígneos, los dioses del Olimpo arrojaron piedras candentes, el caballo del cónsul se estremeció al ser montado y rabioso después, lo arrojó á gran distancia con sus violentas sacudidas.

Es admirable, pues, que el fanatismo que ha causado la decadencia y ruina de tantas naciones; es admirable, repito, que ese sentimiento que envilece el espíritu, que anonada la razón, que inspira todos los crímenes, que arma del puñal homicida la mano de Ravailac y Jacobo Clemente para asesinar aquel á Enrique IV, el mejor de los reyes, después de San Luis; y para hundirlo el segundo en el pecho de Enrique III; es admirable, vuelvo á repetir, que ese sentimiento que excita las Cruzadas esas guerras propias de los fanáticos católicos, que hace formar al duque de Guisa una cuadrilla de asesinos, que impulsa á Carlos IX y á Catalina de Medicis á la San Bartolomé y á Luis XIV la revocación del Edicto de Nantes; que inspira á Carlos Magno el degüello de cuatro mil quinientos caballeros sajones, que expulsa á los puritanos de Inglaterra, que establece y sustenta la Inquisición, durante cu-

---

yo reinado murieron quemados, ahorcados, cocinados & siete millones de magos ó brujos (1); es admirable, pues, que este sentimiento haya hecho mártires, héroes, grandes caracteres á los romanos. Bien se comprenderá que Margarita Cortona desfigurándose el rostro con las uñas y con toda clase de pomadas para ahuyentar á sus importunos amantes, que Santa Inés sufriendo el martirio antes que mancillar su honor, que Santa Sofronia dándose de puñaladas en presencia del emperador Maxencio; que Arria suicidándose en presencia de Cecina Peto su esposo, para animarlo con su ejemplo y preservarlo de la infamia; que Porcia, hija de Catón y mujer de Marco Bruto, abriéndose una herida para manifestarle á su marido de lo que era capaz, que Virginio padre de aquella casta virgen que causó la caída de los *Decembrios*; no obran impulsados por el fanatismo religioso: inspíralos aquellas terribles virtudes que hacen despreciar la vida al mártir y al héroe al acometer los peligros ya en la batalla ya en el campo de las ideas.

La decadencia del paganismo es, pues, el termómetro que marca la decadencia de la ciudad de Rómulo. Ya en tiempo de las guerras púnicas cuando el hijo de Grecia y Cartago, cuando la mezcla de divinidades principiaron á desvanecer esa religiosidad *benéfica* que los

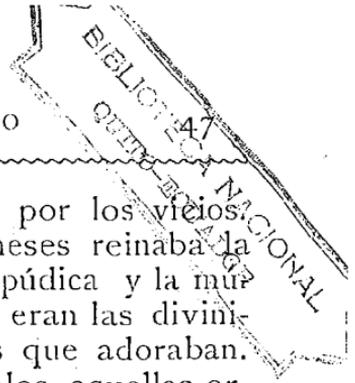
---

[1] Max Nordau.

hizo tan poderosos, Roma no tenía el mismo carácter ni en sus costumbres ni en sus guerras. Papirio Mato á quien el Senado había negado la ovación por sus victorias en Cerdeña, fué á triunfar al monte Albano cerca de divinidades extrañas. Varrón había dicho: «No importa en la guerra distinguir los días fastos y nefastos.» Papirio Cursor el día de la batalla de Aquilonia ofreció á su divinidad propicia un vaso de aromático vino si concedía á Roma la victoria. En tiempo de la segunda guerra púnica, dice Tito Livio, citado por Duruy, no se hacían ya sacrificios públicos ni domésticos según el uso antiguo, sino solamente á usanza extranjera. Los censores tuvieron que degradar trece senadores y pasar por las varas á un tribuno legionario de la ilustre familia de los Valerios por su irreligiosidad. Todo indicaba, pues, que aquella edad heroica de Roma iba pasando. No obstante Valerio Máximo asegura que en tiempo de las guerras púnicas los pontífices hicieron venir á Esculapio de Epidauro y mandaron una embajada al Asia Menor en busca de una diosa, cuyo amor á Roma, asegurara la victoria. Pero estos casos no eran sino leves excepciones, pues hasta el Senado nombró cónsul á Minucio, á pesar de serle adversos los augurios.

### XVIII

Roma principió á corromperse cuando



Cartago estaba ya envilecida por los vicios. En los festines de los cartagineses reinaba la disolución más licenciosa é impúdica y la música, el vino, los afrodisíacos eran las divinidades que los presidía y á las que adoraban. Aquellos vergonzosos escándalos, aquellas orgías descenfrenadas; aquel triunfo de la impudicia sobre la moral, ni siquiera eran velados á las niñas las cuales tomaban parte coronadas y descubiertas. Embriagadas por el licor, enardecidas por los cantos lascivos, exaltadas por las impurezas de las danzas; bailando, haciendo pantomimas; ofreciéndose unos á otros sus copas, callendo aquí, levantando allá; saturados por los vicios y pasiones, todos aquellos hombres, jóvenes y matronas revueltos, confundidos, se entregaban á los escándalos más abominables.

No había en Cartago esa esplendidez de magnificencia que había aún en los actos más infames en Roma, Atenas y de vez en cuando en Egipto. Hasta la corrupción inspiraba el heroísmo, la grandeza de carácter, las sabias disposiciones del Aréopago y de los Tribunales en Grecia y Roma. Principalmente en Atenas, la verdadera edad de oro fué aquella en que existieron esas bellas mujeres, ilustradas, sabias y poetisas. Dotadas de grandes talentos, embellecidas por la lucidez de espíritu, formaban en su torno una aureola de grandeza. Seducían con sus encantos, ilustraban con su roce, difundían las lecciones de

buen gusto, perfeccionando las artes, las letras y las ciencias sembrando en los jóvenes la emulación á la gloria y reanimándolos con sus favores: Heroísmo, sacrificios, grandeza de alma, repito, inspiraban estas reinas de la disolución. Frine propone á Tebas reedificarla, elevando soberbios palacios; monumentos, arcos, columnas, obeliscos, pórticos suntuosos; magníficos parques y alamedas, regios teatros, pero con la condición de esculpir en sus mármoles la siguiente inscripción "Tebas destruída por Alejandro Magno y reconstruída por Frine." Los tebanos dignos y orgullosos rechazan la proposición de la célebre meretriz, que los envilecía en la posteridad. Jenofonte, antes de partir para los juegos Olímpicos, ofrece á Venus cincuenta cortesanas si le concede la victoria. Regresa vencedor, y cumple lo ofrecido. Leena, cortesana de Armodio y Aristogitón y cómplice en el asesinato de Hippias, tirano de Atenas, es arrastrado á los tribunales; pero manceba digna de aquellos héroes, y heroína ella también, corta su lengua con los dientes y la escupe, sublime, á sus verdugos.

No obstante eran también la causa de escándalos inauditos, de males extraordinarios á las naciones; estragaban los caracteres, atacaban las virtudes. Aspasia relaja con sus hetarias el valor y fortaleza del ejército que sitiaba á Samos. Alcibiades oye á Pericles tributar elogios á Simeta, cortesana de Mega-

---

ra. Enardecido por una próxima felicidad, va á Megara, con otros libertinos, y roba á Simeta. Los megarenses, enfurecidos por el ultraje, roban, á su vez, dos hectarias á Aspasia en represalia de aquella afrenta: hé aquí la ruina de Atenas. Jerjes, rey de Persia y amante de la filósofa Targelia de Mileto, encarga á ésta la misión más difícil y delicada. Jerjes quería conquistar á Grecia no con las armas sino con la infamia. Targelia era encantadora como todas las milecianas: sabiduría elocuencia, seducción fascinadora eran naturales en ella. Viene á Grecia, esclaviza á los generales, corrompe á los virtuosos, de héroes hace cobardes, traidores de grandes caracteres. Ataca Jerjes á Tesalia en donde creía encontrar un ejército rendido. Su confianza en la cortesana lo pierde, pues los atenienses, recordando su vigor perdido, avergonzados de su traición, inspirados por un naciente patriotismo rechazan á Jerjes, y se inmortaliza Leonidas en las Termópilas.

Reyes, príncipes, conquistadores, filósofos, literatos, historiadores tributaban homenaje á las cortesanas de alto coturno. Las griegas tenían, pues, la influencia de todos los caracteres. La serpiente fascina, el espectáculo sublime inspira y deslumbra, el despotismo de los tiranos envilece; pero estas griegas inspiran, deslumbran, fascinan, envilecen. Tais, la heroína de Alejandro Magno, compañera en sus conquistas, enardece, exalta al príncipe en

las batallas con sus miradas y elocuencia. Harpalo, el general más ilustre del vencedor de Darío, eleva estatuas, monumentos, erige templos, diviniza á Pitonice y, no contento todavía, le levanta un sepulcro funerarío cuya pompa y espléndidez hacen decir á Dicearco: «cualquiera que lo vea se dirá con razón: sin duda es el sepulcro de un Milciádes, de un Pericles, de un Címón, ó de otro grande hombre; sin duda se erigió á espensas de la república ó, á lo menos, en virtud de un decreto de los magistrados. Pero cuando se sepa que el monumento fué erigido en honor de la hetaria Pitonice, ¿qué pensará de la ciudad de Atenas?» Pero ninguna pudo gloriarse más por haber sometido á un gran guerrero que la aléutrida Lamia. Asiste á una batalla naval contra Demetrio Poliorcetes, y mientras que éste somete á Atenas, Lamia esclaviza al tirano con la armonía de su flauta, con su dulzura y elocuencia y con su belleza seductora. Y es tanto más gloriosa la victoria de Lamia sobre el ilustre conquistador, cuanto que ni sus caricias ni sus olores eran muy propios para cautivar á un rey enseñado al lujo exquisito de las cortesanas orientales; pues Ateneo dice que los 200 talentos, suma fabulosa, equivalente á dos millones de duros, que Demetrio puso de contribución á los atenienses, fueron obsequiados por éste á Lamia para jabones y perfumes; y Alcifronte, también en sus cartas, asegura que al ver los soldados de Poliorcetes

las heridas que Lisímaco había sacado de la lucha con un león terrible, le dijeron á aquel teniente de Alejandro: «Nuestro rey, también podría enseñaros las mordeduras que cotidianamente le da una bestia más feroz que un león, una *lamia*. Demetrio tampoco se quedaba atrás en estas manifestaciones de ternura erótica: “Creeríase que abrazas á Lamia” le dijo el padre cierta ocasión que al regresar de un largo viaje, fué abrazado de su hijo. Lamia no solo era bella y elocuente sinó, más que todo, graciosa. Enardecía, exaltaba á su amante con su vivacidad, con su donaire. Todo en élla era estudio, arte, ficción. Como ducha en la materia conocía lo que debía ocultar ó descubrir; ya interrumpía el silencio con carcajadas licenciosas, ya fingía seriedad y compostura, ora sonreía descubriendo sus dientes de marfil, ora colocaba con coquetería una flor en sus cabellos. Todo el día era chistes, agudezas, gorgoriteos, ocurrencias felices. Un general de Demetrio hablaba cierto día de la sabiduría de una sentencia del tribunal de Egipto. Un joven egipcio, bizarro y elegante, dice, se apasionó locamente de la bella Tonis; pero no pudiendo satisfacer la avaricia de la joven que le exigía, para *complacerlo* una cantidad que no podía pagar, invocó á Venus le otorgara, aunque fuera en sueños, las caricias de su enamorada. Venus, madre complaciente de los amantes, satisfizo los deseos del joven; pero informada Tonis de lo ocurri-

do, llevó su juicio al tribunal, exigiendo ser pagada. El rey oyó á las partes y condenó al joven á depositar el valor que cobraba Tonis en un vaso que luego taparon los jueces con otro de cristal. «¿Qué piensas de esta sentencia?» preguntó á Lamia el General. «Que fué inicua, respondió la cortesana, porque la sombra de ese dinero no dió ningún resultado benéfico á Tonis; mientras que el sueño satisfizo la pasión del mezquino joven.» Para acabar con Lamia diremos, que á su muerte, fué, también, como Pitionice, deificada.

Dijimos anteriormente que poetas, filósofos é historiadores rendían homenaje y adoración á las mujeres. "Calistrates escribe la biografía de las cortesanas atenienses con la gravedad con que Plutarco los paralelos de los hombres ilustres." Eubulo en su *Clepsidra*, Menandro en su *Glicere*, Herécrates en su *Corianno* toman de las cortesanas sus argumentos y sus chistes. Frine, Talatta, Bedion, Antea también fueron inmortalizadas por sus amantes ya en obras literarias, ya con el pincel ó bien en la escultura que aun, al través de dos mil años, admira la posteridad.

Todos los oradores, todos los generales, todos los políticos tenían dos, tres, cuatro *familiares*; y hombres tan ilustres no se avergonzaban de sus relaciones licenciosas, ni de los escándalos que por causa de aquéllas cometieran. Alcibíades se hace retratar desnudo en medio de sus mancebas, coronado con yedra

---

aromática y fresca; Temístocles, el gran Temístocles, el vencedor en Salamina, pasea en un carro tirado por cortesanas medio desnudas, y él reclinado sobre otras desnudas del todo, se entrega á libertinajes impúdicos. Tan grande era el poder, tanta influencia ejercían sobre los hombres, que apenas hubo un Foción y Xenócrates, fríos é indiferentes, que despreciaran sus gracias con glaciales sarcasmos. Menandro pospone glorias, ambición, grandeza; desprecia la corona que le ofrece Tolomeo, rey de Egipto, por no estar separado un instante de su bella enamorada.

En todas partes brillaban estas reinas de la hermosura, estas divinidades de los talentos. En los teatros deslumbraban con sus miradas, en las academias éllas ofrecían los trabajos más felices é ingeniosos; éllas asistían al Areópago, desarmaban á los jueces con su elocuencia, con su acento voluptuoso lleno de armonía, con sus sonrisas seductoras; éllas formaban el selecto auditorio en las veladas y certámenes de las academias, en los palenques literarios de los liceos; en las carreras, en los combates á la espada, en los simulacros de los juegos Olímpicos, éllas inspiraban la victoria; éllas recibían las flores, los objetos preciosos, los collares de perlas, los brazaletes de brillantes, las telas de púrpura y las coronas que ganaban los vencedores en la lisa; éllas daban á Fidias, Zeuxis, Praxiteles, Apeles los modelos de sus estatuas y pinturas; éllas inspiran á

---

Alcíbiades sus insolencias y profanaciones, á los generales sus grandes hechos, á los patriotas su pujanza y heroísmo; éllas inspiraban á Menandro, Eurípides, Sófocles, Aristófenes sus grandes concepciones; éllas arrancaban á la lira de Píndaro sus versos divinos: Los griegos de Maratón y Salamina, de Platea y Micalé estaban, sin duda, bajo la impresión amorosa de sus amantes, cuando se sacrificaron por la patria, destruyendo las huestes de Darío y Artajerjes.

Cartago tiene, también, uno que otro rasgo cuya sublimidad, no digo sobrepaja, pero sí iguala á la de los más hermosos de Roma y Atenas. Si Grecia tuvo una Safo, una Aspasia, una Friné, una Leena, una Lastenia; y Roma una Corina, una Lesbia, una Lidia; Cartago cuenta entre sus cortesanas, á la bella, á la heroica Sifonisba. Los cartagineses, tan hábiles políticos como los Catones y Metelos, conquistaron la alianza de Sifax, rey de Mauritania, con la hermosura de esta mujer ilustre. Pasa el tiempo, y Scipión destruye el poder de Sifax y obsequia á Masinisa, usurpador de los dominios de Cartago, á Sifonisba. Pero reflexionando, después, el futuro vencedor de Cartago, que Sifonisba podía hacer violar á Masiniso sus juramentos empeñados á los romanos, ordena á Masinisa que le entregue á Sifonisba. Masinisa comprende el porvenir de su esposa, monta con esta en sendos caballos, enjaezados primorosamente, y en una de

las idas y venidas, se lanza hacia Sifonisba, hace girar su caballo, en señal de cortesía, y le ofrece un vaso de veneno. Sifonisba, altiva, soberbia, amenazante, como el águila al desplegar sus alas; bella como la aurora, pero terrible como la cólera de sus tíos (1), coge el vaso y se empina *una tumba preñada de la muerte*.

## XIX.

Durante los primeros tiempos de la República no hubo en Roma verdadera corrupción. El temor á las leyes, la sanción pública y, más que todo, la religión eran el freno de la sociedad. Y es tanto más digna de admiración esta época grande de Roma, cuanto que todavía estaba muy próxima á la infamia de su cuna; pues Valero, citado por Macrobio, dice que la loba que lactó á Rómulo y Remo, no fué sino una ramera impúdica llamada así por antonomasia. Esta *loba*, querida de Faustulo, vivía á la orilla del Tíber en la que halló á los gemelos. Así, pues, dice un moralista francés, Roma tuvo por nodriza una meretriz y su cuna fué un lupanar.

El Egipto, Cartago, Grecia y Fenicia establecieron colonias en la Sicilia é Italia y no es lógico creer que hubieran permanecido invulnerables á la corrupción, ellos cuyo salvajismo y conformación física los impulsaban á los

---

[1] Los Aníbalés y Asdrúbalés.

vicios. En los cementerios etruscos é italo-grecos se han encontrado vasos pintados con figuras obscenas, las mismas que usaban en sus utensilios los babilonios, los tirios, los atenienses & &. Además: las fiestas lupercales instituídas en tiempo de los Tarquinos en honor de la *loba*, no dejan duda, según dice Aulo Gelle, á creer en la aserción de Valero.

No obstante, todos los historiadores antiguos, Valerio, Máximo, Marcelo, el mismo Aulo Gelle, están convenidos en creer que esta depravación sólo existía en la hez del pueblo, en los libertos, extranjeros y de ninguna manera en las clases elevadas. El suicidio de Lucrecia, y el asesinato de Virginia prueban de una manera irrefragable lo que venimos diciendo. Ambos acontecimientos tuvieron grandes consecuencias: los Tarquinos fueron expulsados de Roma, y los *Decenviros* apedreados, destituidos é infamados por el pueblo que tomó á pechos vengar á la cándida Virginia.

Rómulo y todos los reyes aristocráticos, atentos al engrandecimiento de la aristocracia, no se cuidaron mucho de la plebe; por cuyo motivo ésta tomó usos y costumbres que más tarde toleraron los legisladores como leyes. Rómulo fundó, pues, el matrimonio legal. Como gran político comprendió que una nación no podía ser grande sino estrechaba á sus habitantes con vínculos indisolubles. El matrimonio era el único medio de retener, ligar, intereses, costumbres, afecciones esencialmen-

---

te inconexos, y por esto lo enaltecíó y exaltó con privilegios y garantías. La verdadera grandeza, la verdadera honorabilidad sólo existían en el hogar doméstico. Una matrona romana ceñida su túnica y velada por su manto de lino, parecía una «Vesta bajada de su pedestal.»

Los sucesores de Rómulo, fieles á la consigna que les dieran sus predecesores, no fueron menos escrupulosos en santificar el matrimonio. Decretaron penas muy severas contra el adulterio. Plutarco cita las penas rigurosas que recaían en las adúlteras. La convicta de este crimen, juzgada por un tribunal de familia, era castigada á gusto del marido ultrajado. Tan monstruosa era esta infamia para los romanos que monstruoso también era el castigo que recaía sobre ellas. En los pueblos primitivos de Italia la pena del adulterio era aun más execrable que el adulterio mismo. En Campania la mujer acusada de adulterio era despojada de sus vestidos y arrastrada por las turbas á los fangos. La escarnecían, la abofetecaban, la escupían, la presentaban á la vergüenza pública paseándola montada en un asno.

La historia de Roma nos muestra á cada paso si no la pureza absoluta de las costumbres en la aristocracia, á lo menos la rigidez de las leyes en refrenar la depravación de ciertas familias estigmatizadas por la sociedad. Quinto Fabio Gurges se hizo célebre en 457

de la fundación de Roma, acusando ante el tribunal del pueblo á ciertas familias que se entregaban al libertinaje. Las matronas fueron sentenciadas á pagar una multa fabulosa que se destinó á la erección de un templo á Venus. Vilio, Rapulo y M. Fundanio, Ediles populares, expulsaron de Roma otras matronas acusadas de iguales escándalos. Después de las guerras púnicas, el Senado al saber la institución de las Bacanales, dictó penas terribles contra sus autores. Ciento setenta mujeres acusadas de infidelidad se envenenaron por escapar al cuchillo del verdugo.

Las leyes no favorecían la infamia cualquiera que fuese su manifestación. Quinto Cecilio Metelo Celer que desempeñó el cargo de Cónsul 70 años antes de Cristo, se negó á reconocer durante su magistratura los derechos de sucesión que quería hacer valer un rufián. «Las leyes no dan protección á los infames estigmatizados por los vicios,» contestó á las pretensiones del querellante.

La nota de infamia que sellaba á los gladiadores, á los esclavos y á todos los agentes de la prostitución, hería de muerte civil al desgraciado sobre cuya frente se grabara: no podían desempeñar ningún cargo público, testar ni heredar; ni eran admitidos en los tribunales de justicia, no tenían libre posesión de sus bienes, no tenían el derecho de tutela de sus hijos, no podían asistir á las fiestas de las divinidades superiores; eran pifiados, escarneci-

---

dos, y por fin, el ludibrio de una sociedad y de un gobierno cuyos magistrados no les daban la protección de las leyes.

Augusto, Tiberio y Domiciano, sí, hasta éstos dos infames, dieron leyes contra las malas costumbres, éstos cuyo palacio era el campo de la disolución, éstos cuyos corazones eran la guarida de todos los crímenes y vicios, éstos que eran la causa de la depravación general.

No llegó la corrupción en Roma al grado de esplendor que subió en Grecia. Los romanos, más materiales, no tuvieron esa delicadeza de los griegos, esa exaltación y vehemencia de espíritu que refinaban todas las pasiones. No pedían, pues, á sus cortesanas una conversación culta, un pensamiento agudo, un epigrama saleroso, un trozo de elocuencia, una disertación académica, una doctrina filosófica; no nutrían el corazón con las refinadas voluptuosidades de un amor casto y puro; se hubieran avergonzado de amar á una poetiza, á una joven inocente que los esclavizara con los encantos del alma, con los platónicos sentimientos de un corazón enamorado. No les pedían sino lujo, ostentación, locura; olores excitantes, el ámbar, la algalia en sus vestidos; las esencias estimulantes en los cabellos; el ardor de su sangre, la fuerza de sus nervios, la fogosa lubricidad de su imaginación pervertida; la complacencia de sus caprichos, y en fin, todo lo que fuera un estimulante para sus vicios.

---

Mientras que en Grecia las hetarias uncieron á su carro, ilustres generales, grandes políticos, eminentes poetas y filósofos; en Roma no sometieron sino á los mozalvetes libertinos, á los libertos manchados aun con su cuna infame, á los cómicos, poetas, historiógrafos que despreciando la moral pública, eran despreciados por la sociedad sensata. Los hombres notables no dejaban de asistir á sus banquetes. Cicerón comía continuamente con Citeris, esclava recién emancipada y que fué concubina de Marco Antonio; César, *el bello libertino romano*, tampoco desdeñaba sus caricias y, más aún, las buscaba en la más pura aristocracia. Este si que fué el verdadero corruptor de Roma. Matronas distinguidas, mujeres de alto rango descendientes de las ilustres familias de los Scipiones, de los Brutos eran sus queridas; jóvenes bellísimas, extranjeras seductoras, reinas orientales sus mancebas. Conquistó al pueblo con banquetes públicos, con grandes fiestas en el circo; con el oro á las mujeres. A pesar de Catón y los senadores abolió las leyes sumptuarias, captándose el amor y simpatía de las damas más soberbias. Regaló á Servilia, madre de Bruto, una perla de valor de (1.162,500 francos) (1) y á todas sus cortesanas les daba el lujo de las reinas del Asia.

Ellas daban como los atenienses las mo-

---

[1] Seis millones de sestercios.

---

das, las artes, las letras; éllas arrancaron á Cátulo, Tíbulo y Propercio sus lamentos elegíacos; éllas dictaron á Ovidio la mayor parte de sus poesías; éllas suicidan á Propercio, inmortalizan á Cornelio Galo en la conquista de los partos, matan á Cátulo y Tíbulo en la flor de sus años, hacen la grandeza de Horacio, la gloria de Virgilio é inspiran á Marcial sus sátiras agudas.

La Vía-Sacra era el teatro de sus conquistas, el campo de sus batallas, el trono de su reinado. Altivas y soberbias se presentaban en sus parques y jardines brotando fuego é insolencia, provocando á sus rivales, disputándose los homenajes y caricias de los jóvenes, atrayéndose el amor de los incautos y eclipsando con su belleza, coquetismo y bizarría á las matronas distinguidas. Vestidas unas de púrpura y seda, otras casi desnudas, iluminada su cabeza con ricas pedrerías, ceñidos sus brazos de brazaletes de rubíes, ostentando en su pecho todo descubierto, flores doradas ó sardónicas indias; arrastradas éstas en magníficas literas por esclavos abisinios que refrescaban el aire con plumas de pavón; montadas aquéllas en egregios corceles ganados en las conquistas ó en mulas españolas primorosamente enjaezadas, daban á la Vía-Sacra el esplendor de los jardines de Tiro y Babilonia.

## XX

Lo que causó la grandeza de Roma fué,

---

asimismo, origen de su ruina. Al principio que lucharon con pueblos viriles y sencillos adquirieron, con su ejemplo, todos los caracteres de su grandeza; pero una vez que salieron de sus montañas y atravesaron los mares, una vez que sometieron á Tarento, Corinto, Atenas, Cartago, tuvieron ya motivos para corromperse. Grecia, sobre todo, se vengó muy cruelmente de sus conquistadores inculcándole sus vicios y costumbres, pues las ilustres generaciones del tiempo de Temístocles y Aristides, la edad de oro de Pericles y la heroica de Tebas y Esparta se habían hundido, resplandecientes de gloria, en el horizonte espléndido de la Patria. Demóstenes su última palabra, Foción su última virtud, Filopémenes su último insurrecto, fueron los últimos adalides de la falange inmortal, las postreras energías del alma griega. Los verdaderos romanos quedaron en Zama, Pidna, Heraclea, Magnesia, las Termópilas. (1) Los romanos que sucedieron á los héroes de aquellas grandes batallas, no fueron ni sencillos ni humildes. Libertos, extranjeros, esclavos, manchados con todos los vicios formaban el ejército; retóricos, poctastros, historiógrafos la sociedad. El honor más grande para estos romanos degenerados, era imitar todo lo que fuera griego. Nadie se preocupaba de aprender, de perfeccionar la lengua de Numa Pompilio; pero ra-

---

(1) No las de Leonidas.

---

ros eran los que ignoraran la de Pericles. Scipión, Lelio y Paulo Emilio mantenían una multitud de esclavos con prodigalidad propia de reyes. Enio, Terencio y Polibio fueron los cantores, los compañeros de conquistas de aquellos ilustres guerreros. En sus festines, en el Circo, en los paseos públicos en todas partes no se veía sino el espíritu ateniense. Todo lo que no era de Pafos, Tarento, Amantonte, Chipre, estaba considerado como bárbaro é inculto. Esta inclinación, este triunfo de la civilización helena sobre la civilización brava de los romanos, fué tomando proporciones más gigantescas cada día. En tiempo de Augusto, Tiberio, Calígula y Claudio, no había en Roma ni la más vaga sombra, ni la más pequeña chispa del carácter de los antiguos romanos.

La nobleza de los Papirios y Publícolas, de los Appios, Decios, Fabios y Coriolanos, había salvado á Roma repetidas veces. La aristocracia de los Scipiones, Claudios y Metelos también salvó la Patria, pero está muy lejos de tener la majestad y grandeza de la de aquellos héroes cuyo orgullo se cifraba en el respeto y homenaje á las leyes. En la edad heroica de Roma un tribuno hizo quemar vivos á sus nueve colegas porque impedían el reemplazo de los magistrados. En esta época los senadores más poderosos, unidos con los vínculos de la sangre, no tendían sino al nepotismo más absoluto. «Los Metelos na-

cen cónsules en Roma» decía Nevio. «Sufrid, yo también sufro, decía el mismo. No osarán atacar estos reyes lo que yo he sancionado en el teatro con mis aplausos. ¡Cuánto sobrepuja aquí la tiranía á la libertad!»

¿Qué se podía esperar de una aristocracia tan soberbia y arbitraria, de una aristocracia que á cada momento echaba en cara sus victorias, de una aristocracia cuyos servicios prestados á la Patria, la hacían invulnerable al rigor de las leyes? Cayo Flaminio se consideraba no sólo más poderoso que el Senado, sino más divino que los dioses. “Quincio Flaminio era un príncipe en el Senado.” Acusado Fabio y Emilio Scauro, de concusión el primero, de crimen de alta traición el segundo, se presentaron en el Senado: «No podemos, dicen, ser sospechosos á la Patria»; y se proclama la impunidad. Habiendo sido denunciado Scipión por la rigidez de Catón, se presenta en público más orgulloso, más insolente que de costumbre; “Romanos, exclama: En un día como éste vencí en Africa á Aníbal. Venid conmigo al Capitolio para dar gracias á los dioses y pedirles concedan á los romanos jefes que se parezcan á Scipión el *Africano*.” Todos siguieron al vencedor en Zama y no quedó un solo acusador en los tribunales.

Nada había sagrado, ante ningún derecho se detenían estos hombres insensatos. Como vacilaran cierta ocasión los censores al abrir el Erario por los augurios poco favorables, llega

---

Scipión, que era un simple particular, y lo abre avasallando el poder de las leyes divinas y humanas. La estatua de este Scipión adornaba el santuario de Júpiter y la de su hermano Lelio el del Capitolio, con mantos y coturnos á la griega. (1)

Ya no había ese carácter patriota que quema la mano de Scévola, que precipita á Curio en el abismo tenebroso, que hunde el puñal en el impuro pecho de Sexto y en el casto seno de Virginia. Los sentimientos que centuplicaron las fuerzas de Manlio *Capitolino* y las de la fiera pero hermosa Clelia, que impulsaron al sacrificio á los Decios en Vesperis y Sentino, á los 300 Fabios al acometer á los Sannites; aquellos sentimientos que impulsan al venerable Cincinato á cometer un crimen legal; aquellos arranques de abnegación que manchan el honor de Tudela; esos sentimientos que hacen decir á Camilo: *los romanos se rescatan con hierro y no con oro*; esas afecciones de ternura maternal que sacrifican á Coriolano; esa justicia feroz de T. Manlio y de Tuberto al castigar á su hijo con la muerte por faltar á la disciplina; ese valor sereno y terrible de Manlio Torcuato y de Marco Valerio; ese honor aquilatado, esa soberbia del *Imperioso*; ese continente sublime de Papirio Cúrsor; esa piedad de Cayo Fabio Dorso; ese amor al trabajo de Cayo Furio Cresino; esa

---

[1] Cantú.

honorabilidad de Quinto Scévola y de Fabricio; ese desinterés de Curio y Emilio Papo: nada de esto existía. La corrupción, el servilismo animaba á la prostituta Roma, á esta execrable Semíramis, á esta bestia apocalíptica que se revolcaba, cargada de crímenes, manchada de vicios, en el fango que flúan las llagas de sus miembros gangrenados. En este tiempo sólo se pensaba en el goce. El rico y el soldado querían la guerra para enriquecerse no para alcanzar glorias. En las guerras de Pirro los soldados querían el botín para mejorar de lanza, escudo, morrión. En esta época cuadros hermosos, magníficas estatuas; oro, plata; camas de bronce, sábanas de púrpura, pabellones cuajados de brillantes; mármol, marfil; muebles riquísimos; esclavas preciosas adornaban el carro de los vencedores. En lugar de acudir á los ejercicios del campo de Marte, se solazaban en los festines y bacanales. Se establecieron juegos públicos para distraer á los ociosos, para connaturalizarlos á la abyección y esclavitud. ¿Cómo dar una idea, sinó la imagen, á lo menos un bosquejo de las bestialidades que se cometían en el Circo? Las matronas, envueltas en amplios velos, se dirigían, precedidas de las trompetas, al Circo, y allí á la vista del público, que las esperaba impaciente, se lanzaban á la arena, en donde se despojaban de los vestidos, y en donde cada una quería sobrepujar á la otra en movimientos impúdicos, en contor-

---

siones lascivas. Bailaban, brincaban, danzaban y poco después, mezcladas, revueltas con los atletas y gladiadores, se entregaban á los crímenes más abominables.

En medio de esta corrupción general, Catón la última protesta, Catón la última personificación del carácter de los antiguos romanos, se levantó terrible contra el espíritu de esta humanidad. El Senado, lleno de alarma, lo promovió á la censura sorprendido de la corrupción creciente y amenazadora que principiaba á desbordarse. Su simplicidad, sus virtudes, que contrastaban con las de sus contemporáneos lo ponían á cubierto de las calumnias. Gran guerrero, eminente político, desde muy joven había templado su carácter en las campañas y fortalecido su espíritu con el ejemplo de sus antepasados. Trató de refrenar á la aristocracia acusando á Scipión, conteniendo los abusos de los grandes, destituyendo ó marcando con la infamia á los Senadores escandalosos, á los concusionarios, y á todos los empleados públicos. Interceptó los canales que desviaban el agua de los canales públicos, para regar los jardines de los particulares. Terrible enemigo de la influencia griega, detestó á los retóricos é impedía el contagio de sus costumbres. Leyó á Tucídedes y Demóstenes para poderlos criticar. Para él Sócrates era un sedicioso enmascarado que corrompía á la juventud; detestaba, dice Cantú, la elocuencia griega, especialmente desde que

Carnéades, enviado como embajador á Roma, defendió un día la justicia y la atacó otro. «Los ladrones particulares, gritaba Catón, son encadenados, azotados; los ladrones públicos se visten de oro y de púrpura. Temblad ante los males que nos prepara el porvenir. Saboreamos las delicias de Grecia y Asia: nuestras manos han tomado los tesoros de los reyes: señores de tantas riquezas, á poco más seremos sus esclavos.... Con traernos las estatuas de Siracusa introdujo Marcelo entre nosotros enemigos terribles; ya no oigo más que á gente que admira el mármol y el buril de Corinto y de Atenas riéndose de nuestros númenes de barro.»(1) Para refrenar el lujo immoderado de las damas romanas, se opuso con tenacidad á la abolición de las leyes sumptuarias. Estas leyes no permitían llevar á las matronas sinó dos onzas en adornos y arrequis: «tanta pobreza dice Montalvo, las humillaba» Julio César tomó á pechos defenderlas y abolió las leyes, contra la oposición del rígido Censor. Para César estas leyes no eran propias en momentos que la Patria no estaba amenazada por Aníbal. No por esta derrota se crea que Catón se declaró vencido. Por el contrario: ejerció todo su poder con más rigor y energía. Atacó el lujo por medio de impuestos crecidos y reprimió las dilapidaciones de los grandes agravando las rentas de la República que antes se les cedía al más bajo pre-

[1] Herder.

---

cio. No obstante nada pudo contener la corrupción y las llagas de la Patria, un momento contenidas con los cauterios de las reformas, siguieron apoderándose, siguieron invadiendo el cuerpo del imperio romano.

## XXI

Cada pueblo, cada individuo recibe de la Naturaleza la organización adecuada al papel que ha de representar en el gran drama de los acontecimientos humanos. La Capadocia, que rechazó la libertad cuando Roma quiso dotarla con este privilegio sublime, fué nacida para la esclavitud. Atenas y Esparta para el heroísmo, Roma para sujetar todos los imperios y dar un espíritu á la humanidad, Cartago para el comercio. Su misión fué dominar el Atlántico, el Pacífico, llegar quizá hasta América (1), y aunque los Sócrates y Platones, los Pericles y Milcíades, los Camilos y Fabios hubieran querido torcer el curso de sus inclinaciones fundando liceos, academias de elocuencia, el torrente los hubiera estrellado contra las rocas.

Aníbal genio de los más perfectos, también trajo su consigna. *Nació para desplegar alas, no para arrastrar cadenas.* Por eso se le vé atravesar los mares y escalar los hielos. Gran carácter, las delicias no se hicieron para él. Los huracanes y las tormentas, el calor

---

[1] Muller.

---

que abraza, el frío que hiela fueron los elementos de su temple de hierro. «De audacia increíble para arrostrar los peligros, ya en ellos, conservaba maravillosa prudencia. Ninguna fatiga quebrantaba su cuerpo, ni menos abatía su espíritu: soportaba igualmente el frío que el calor, y para su alimento solo satisfacía la necesidad, no el placer. Ni sus vigili-  
as, ni sus sueños estaban regulados por el día y la noche; ni terminados los negocios buscaba el reposo en muelle cama ni blando silencio: á menudo se le veía envuelto en una capa de soldado; tendido en el duro suelo entre los centinelas avanzados ó en medio del campamento. Su traje no se distinguía del vestuario común del ejército, haciendo consistir todo su lujo en sus caballos y armas. El mejor jinete, como el mejor peón, era el primero en acudir al combate y el último en retirarse de él. Pero estas buenas cualidades estaban acompañadas de grandes vicios: *crueidad feroz, perfidia más que púnica, ninguna franqueza, ningún poder, ningún temor á los dioses, ningún respeto a la fé del juramento, ninguna religión* (1).» Después de una batalla le presenta Magón el cadáver de Sempronio Graco, de este fiero romano cuya espada había exterminado millares de cartagineses. Aníbal co-  
ge el cadáver, lo mira con bondad y tristeza, y lo envía, dentro de una caja, al campamento

---

(1) Tito Livio.

romano; no obstante que Magón y todo el ejército le suplicaban que lo despedazara. ¿Es este el cruel, el feroz? Antes de emprender las guerras contra Roma, guerras necesarias é indispensables, ofrece en Cádiz un sacrificio á los dioses. ¿Es éste el impío? Al tiempo de ajustar con Publio Cornelio Scipión el tratado de paz, se le pregunta: por qué dioses jurais este tratado: «por aquellos, responde Aníbal, que han castigado tan duramente nuestro perjurio». ¿Es éste el solapado? Y es Tito Livio, *un romano*, el que acusa á Aníbal *de ningún respeto á la fé del juramento, de ninguna religión, de perfidia y crueldad?* ¿Ellos que incendiaron sementeras, destruyeron ciudades, arrasaron naciones, violaron tratados!

Este héroe prodigioso, superior según Mr. Tiers, á todos los guerreros, este atleta «alma forjada en la ardiente fragua de los odios que Roma excitaba en torno suyo» ha sido calumniado por los historiadores más notables. Tito Livio no lo comprendió y dice que por estar en Capua entregado á los festines no asaltó Roma después de Cannas. Otros, de menos talento que el primero, pero más atrevidos por lo mismo, llegan hasta decir que las delicias de aquella impura Babilonia quebrantaron su acerado carácter. ¡Mentira! ¡Calumnia! Los rayos no caen en el fango, buscan los robles gigantescos, los árboles seculares en las cimas para pulverizarlos. Las

naturalezas bravías, los sentimientos elevados son, regularmente, invulnerables á los vicios. Se ha oído decir que Sertorio, que Vercingetorix, que Filopémenes, que Spartaco fueran abyectos? Pudo muy bien Aníbal asistir á mil banquetes y preservarse de la corrupción. Los hombres como Aníbal pueden estar en pueblos depravados y envilecidos sin participar sus vicios. ¿Pierde, acaso, el acero su templeza y fortaleza por estar hundido en el fango? Se corrompió acaso Bonaparte en las cortes orientales? En Capua, la ciudad de las delicias, en Capua que no se respiraba sino vicios, en la licenciosa Capua, Jubelio Taurea protestó contra la esclavitud de su Patria y supo oponerse al despotismo del más terrible de los cartagineses.

Según Tito Livio la falta más grande, la falta que oscureció de espesos nubarrones la vida política de Aníbal y Cartago, fué la de no caer sobre Roma inmediatamente después de Cannas. Historiadores modernos, más imparciales que los antiguos, dicen que Aníbal encontró reveses, inconvenientes insuperables en Nápoles, Nola y Espoleto, y que hubiera fracasado, infaliblemente, si oye la baladronada de Maharbal, su jefe principal, que le decía: «dejadme tomar la delantera con mi caballería y dentro de cinco días almorzaréis en el Capitolio.» Además: el heroísmo romano, esa perseverancia, esa seguridad en la victoria, ese desprecio que los romanos te-

---

nían por el enemigo hasta el extremo que sitiada Roma por el terrible Aníbal pone el Senado á licitación el terreno que ocupaba el campamento cartaginés. Todo esto, pues, hace ver lo imposible que hubiera sido la empresa de Aníbal, si tal cosa, por desgracia, hubiera intentado. Como gran genio estudió, analizó, comprendió más que nadie á sus enemigos, y considerándolos invencibles en la Metrópoli se propuso destruirlos primero en sus colonias para marchar después seguro sobre aquella.

El que haya estudiado con imparcialidad la vida de Aníbal no puede asentir en el sueño voluptuoso á que, según Tito Livio, se entregó el héroe cartaginés en Capua. Durante su permanencia en esta ciudad, Aníbal no estaba ocioso. Excitaba sublevaciones en Cerdeña, hacía prometer á Filipo de Macedonia su poderosa escuadra, negociaba la alianza de los siracusanos, galos y tarentinos; llamaba á Asdrúbal de España y removía todas las naciones, y condensaba todos los odios, todas las venganzas contra Roma. Si Aníbal estaba estragado ¿cómo no pudieron los ejércitos romanos tomar Capua mientras el Cartaginés tuvo sus reales en élla? Débil Aníbal, embriagado Aníbal y cansado de esperar á los enemigos, cansado de vencerlos en mil combates, sitios y fortalezas, estrañando la ausencia misteriosa de los romanos que nunca fueron audaces, que nunca tomaron la ofensiva en su presencia, sale de Capua, y viene á pro-

vocar á las legiones en campo raso y viene á sitiarse el Capitolio, y viene á sembrar el estrago, la consternación al rededor de Roma. Abatido Aníbal, abyecto Aníbal y destroza á Marcelo, la espada, arrolla á Fabio, el escudo romano, según la bella expresión de Plutarco; hace temblar á todos los generales con solo burlar su vigilancia, sorprende á Tarento, la tercera ciudad después de Roma, vuelve á tomar los pueblos de la Lucania y de la Italia Central, tiene suspensa la suerte de su adversaria diez y seis años con un puñado de guerreros, y en donde quiera, ya en la altura, ya en el abismo, huyen los enemigos de su presencia como si tuvieran un escollo bajo sus plantas, una avalancha sobre su frente; como si vieran horrendas fantasmas formadas de serpientes y lenguas de fuego; como si vieran en sus ojos un pedazo de cielo inflamado de rayos, como si oyeran el rugido de todas las fieras, el estallido de todos los rayos, la bramazón de todas las tormentas, mezclados confundidos en horrenda algarabía.

Lamartine cree que Aníbal fué el ángel mortuorio, el mal genio de Cartago. Que un millón de personas afirmen un error no implica sino que el error se ha repetido un millón de veces. (1) Difiero, pues, de aquel francés con homenaje á su grandeza. Aníbal fué su *mal genio*, su *ángel mortuorio*, como Filope-

---

[1] Pelletán.

---

menes el *último griego*, es decir como el último destello del alma griega, como el último grito de insurrección, como el último eslabón que cerró la cadena de la gloriosa pléyade de Grecia; concedo. Aníbal fué su *mal genio*, su ángel mortuario como símbolo en la historia; niego. El, (Aníbal,) último vastago de una nación sin glorias perecederas, tuvo que, como buen hijo, poner en la tumba de su madre la última piedra y esculpir sobre ésta sus gloriosos epopeyas.

Hay hombres que parecen ser el espíritu de una nación. Moisés es todo en Israel, Filipo todo en Macedonia. Aníbal no fué el alma de Cartago, pero no concibo á Cartago sin Aníbal. Sus compatriotas fueron enanos, él fué titán; sus compatriotas nacieron para el lujo, las delicias, él para la austeridad y el combate; sus compatriotas vinieron al mundo en la embriaguez de un sueño en los festines, él vió la luz en la tormenta.

Cartago sin Aníbal ¿qué hubiera sido? Rica, poderosa unos días más. Pero las riquezas no dan historia. Creso no es célebre por el lujo, magnificencia y pompa de su corte más aun por haber inspirado á Solón, el gran legislador ateniense, sus más bellas concepciones. Preguntado el griego por aquel príncipe. «¿Conocéis alguien más feliz que el rey de Lidia?» Sí, respondió el sabio, Tello un ciudadano de Atenas, hombre honrado, que sobre haber estado toda su vida á cubier-

to de la necesidad y de haber visto su patria floreciente, ha dejado unos hijos estimados de todos sus compatriotas, ha gozado viendo sus nietos, y por último, acaba de sucumbir por salvar su patria. Y después de Tello? tornó á preguntar el de Lidia creyendo que Solón dijera: Creso.—Cleobis y Bitón, dos modelos perfectos de amistad fraternal, quienes después de haber arrastrado el carro triunfal al templo de los dioses, murieron ambos en un sueño.—Y qué, replicó el príncipe lleno de cólera, yo no pertenezco al número de los dichosos?—Rey de Lidia, exclama Solón, sólo es feliz el que lo ha sido hasta su muerte; los demás, que se encuentran expuestos á los peligros, su dicha nos parece tan incierta como la corona que el atleta disputa en el combate. (1)» El tiempo se encargó de sacar verdadera esta lección llena de sublimidad, pues poco después de este acontecimiento, Ciro conquistó el reino de Creso, y al tiempo que el príncipe subía á la hoguera donde iba á perecer, se le oyó murmurar: ¡Solón!, ¡Solón!, Solón! Ciro, hombre superior, al saber la significación de estas exclamaciones, perdonó la vida del que se creía el más feliz de la tierra.

Pero volvamos á nuestro asunto:

Cartago nació con Aníbal para la posteridad. La historia de Cartago es una biografía, pero una biografía más importante que los

[1] Plutarco según Rollín.

Paralelos de Plutarco y los Anales de Tácito y Tito Livio. Antes de Aníbal todo es oscuridad en el pasado de Cartago, después de Aníbal todo luz en la historia de su patria.

¿Qué valió la primera guerra púnica para el orgullo romano? Tito Livio no le da ningún valor. Batallas y conquistas, héroes y mártires llenaban ya cada párrafo de su historia. Entra Aníbal en escena y se cambian las decoraciones; el sainete se hace tragedia, el lepidóptero despliega alas. Scipión no fuera tan grande sin Aníbal; la gloria del primero es un reflejo de la gloria del segundo: «Os cedemos la Sicilia, la Cerdeña; el mar nos dividirá; qué otra cosa pedis?»—Nada quiero sino vencerte. Mi orgullo es entrar grande, activo en el Capitolio, respondería, quizá el *Africano*.

Si Napoleón no hubiera conmovido el mundo con los trastornos asombrosos que causaron sus pasos gigantescos, ya estaba yo aparejado para colocar á Aníbal sobre todos los guerreros. Trasponiendo los Alpes y Pirineos, saltando sus precipicios, haciendo el quité á los aludes que se precipitan sobre él, salvando, al tiempo que combate, un abismo que encuentra entre dos rocas; atravesando el Ródano en medio de las flechas, abandonado por su patria que quería la ruina del guerrero, anagada su vida por sus soldados, disfrazándose de vieja para evitar sus golpes, haciendo temblar á Roma con los choques de Cannas

y Trasimeno en donde pierde un ojo por permanecer sumergido en un fango; perseguido por los cónsules; derrotado, llorando á Asdrúbal cuya cabeza es arrojada á su campamento, después de la batalla de Metauro; palpando la infame ingratitud de los cartagineses que lo entregan á los romanos, huyendo por no caer en poder de sus terribles enemigos, luchando hasta el último momento como el león de hircania, condensando sobre Roma una tempestad en su destierro, envenenándose por no caer en poder de Roma; Aníbal es uno de esos titanes á cuyos pies sustentan el abismo y cuya cabeza se pierde en el espacio. El mar puede tragarse el mundo, cual á otra Atlántida, el sol derretir los Alpes, la tierra consumir el Ródano; pero ni las avalanchas, ni los torrentes, ni los siglos, mientras tanto, podrán borrar las huellas de sus plantas al reflejarse sobre la nieve. Y es que los hombres como Aníbal nunca mueren. Viven el día que perecen por su patria. «Hoy no es el fin de mi vida sino el principio de mi gloria. Dejo triunfante á Tebas, humillada la soberbia Esparta. Leutra y Mantinea, mis hijas, no dejarán olvidar mi nombre»; dice Epaminondas al tiempo que arranca el dardo de su seno. Washington y Bolívar, Sucre y San Martín, no han muerto: Héroe legendarios, viven y vivirán hasta que se estrelle en los espacios la tierra.

No hay, en verdad, un hombre cuya orga-

---

nización sea tan perfecta. Fecundidad en los planes, audacia en las empresas, sabiduría en su ejecución; *tan calculador, tan exacto, tan terrible, tan sublime*, no ha tenido á excepción de Bolívar y quizás Napoleón, según Mr. Tiers, quien le dispute la corona de la inmortalidad. Superior á César en desembarazo y tenacidad, á Alejandro en talentos militares, á Napoleón en inagotables combinaciones, pero no en penetración; igual á Bolívar y Washington en desinterés, grandeza de ánimo, temple de carácter; no les aventaja, para su gloria, sino en no tener la adulación é hipocrecía del primero, los vicios y crueldades del segundo, ni la ambición de poder del tercero.

Ningún guerrero ha mostrado mayor desinterés, mayor fervorocidad patriótica, corazón más generoso. *Busco, escudriño, en este genio una mancha, un defecto, un vicio, una mala afección y no me es posible encontrarla por más que lo estudie.* A esta altura no se le ve la cima. Esta luz no tiene sombra. ¡Ah...! sólo tiene una si así puede calificarse: el odio irreconciliable á los romanos. Tito Livio lo ha acusado de avaricia y crueldad. Las tempestades se condensan, regularmente, más terribles en las cimas. ¡Acusar á Aníbal de avaricia, él que manejó caudales sin disfrutar ninguno! Bolívar, también fué acusado de avaro. Fabricio y Emilio Pappo no fueron más desinteresados en este punto.—¿Por qué Livio lo acusa de cruel? Aníbal luchaba por su pa-

tria, era por decirlo así, su libertador y hubiera cometido una insensatez vituperable en ser indulgente con un enemigo que quería su ruina y la de Cartago. Ferocidad con ferocidad, heroísmo con heroísmo. Al abandonar Italia elevó una columna, grabó en ella sus hazañas, degollando en sus aras multitud de prisioneros. ¿Qué hacía con enemigos cuya custodia necesitaba de un número igual de soldados? «No en vano ciñe espada el príncipe.» La espada tiene en sus reflejos la imagen de la guerra, y el capitán no la empuña por adorno. Napoleón fusila 40,000 egipcios, César amputa las manos á multitud de los mismos, nuestro Libertador, el más clemente, el más magnánimo, el más claro de los hombres, si no hubiera existido Scipión Nasica, pasa por las armas 800 españoles. Ni dejara de ser un crimen ó una indulgencia poco sabia que la suerte de una nación dependiera de unos pocos que luchan por su ruina. La esclavitud es ruina. La defensa es permitida por las leyes naturales y dejarse asesinar pudiendo salvar la vida, es un suicidio. Hoy que la civilización ilumina la tierra, hoy la humanidad se ha horripilado con guerras tan feroces y más sangrientas que las de la antigüedad. Las de nuestra independencia llevadas á cabo en *pleno siglo XIX*, no ceden un punto en brutalidad á las que pintan Homero y Virgilio. Aquiles, los Ajax, Patraclo, Héctor, Pirro; Eneas, Turno, Palante, Niño y Eurialo no exce-

den ni en valor ni en ferocidad á los Boves, Páez, Arismendís; y si en nuestra *Ilíada* hay infames como Zoazola y Antoñanzas, en la griega hay traidores como Paris y Tersites. Las irrupciones de Atila y Radagasto, las guerras intestinas de los árabes, el asalto de Roma por el Condestable Borbén, los crímenes de los Borgias y Julio II, pontífices de la Iglesia romana; las conquistas de Tamerlán, no fueron más horrorosas que la revolución francesa. Criticar á Aníbal sus rigores es no conocer el siglo en que vivió. Si el estilo es el retrato más fiel del escritor, los hombres son, también, el retrato, la imagen más viva de sus épocas. ¿Quiénes más crueles que los romanos más perillustres? Catón el más rígido, Paulo Emilio el más valiente, Appio el más provector, Scipión el más grande, Augusto el más reposado, fueron también los más . . . . iba á decir perversos, fueron también los más crueles. La ferocidad en su más alto grado, la incultura en su cima, fueron los caracteres de estos tiempos y Tito Livio no hizo sino acusar el espíritu de estos períodos del género humano. Catón termina sus discursos con el célebre *delenda est Cartago*, destruyamos á Cartago; Mummio incendia Corinto, Yugurta muere en el más infame suplicio, hambriento, frenético de sed, revolcándose desnudo en un calabozo, presa de las convulsiones más horribles; Cicerón es abandonado por Augusto, su protegido; y ¡oh crimen inaudito! el

pueblo llena de plomo el cráneo de Cayo su defensor, de Cayo que luchó por sus libertades.

Alejandro somete á los griegos ya envilecidos, ya gangrenados por la corrupción; esclaviza á los afeminados persas, también abyectos, y en sus guerras contra Tebas, no tiene grandes peligros que vencer ni rígidos elementos que sufrir. Bolívar también trepó los Andes: el Chimborazo, el Cotopaxi, el Potosí, el Pichincha son los mudos pero elocuentes testigos de sus glorias. Bolívar también peleó contra fieras, también se estrelló en más de una Sagunto, *también somete á más de un Rotolando*. Carlo Magno acaba con las guerras continuas de la Austrasia, de la Aquitania, de la Neustria que se desgarraban mutuamente; consolida la nación, francesa, rechaza, persigue, convierte á los sajones al cristianismo; destruye, ahuyenta á los sarracenos que intentaron extender su dominación y levanta, sobre bases de granito, un poderoso imperio, el más ilustre de los tiempos modernos. Federico el Grande, enciende una conflagración europea contra él, abate el orgullo de la Casa de Austria en Molwitz y Leuthen, destruye á Francia en Rosbasch, anonada á Rusia en cien combates, llama la atención universal con sus empresas temerarias, eleva el arte militar casi al último grado de perfección, da grandeza y esplendor al reino de sus antepasados. Napoleón flanquea San Bernardo,

conquista la Rusia, hace temblar á Inglaterra, pasa el Danubio en Wágran, conquista el Egipto burlando la escuadra de la Gran Bretaña, destruye reinos, levanta imperios, renueva las guerras de Carlo-Magno; eleva á Francia, sacándola de la abyección criminal en que yacía, al último grado de gloria y prosperidad: hazañas éstas y aquéllas que la Historia ha colocado en el mismo rango que las del perñclito cartaginés: pues Aníbal luchó contra ejércitos en que cada soldado era un león y cada teniente un héroe; contra un pueblo lleno de virtudes cívicas. Escala los Pirineos, traspone los Alpes, «ese baluarte puesto por la naturaleza contra los conquistadores de Italia;» atraviesa el Ródano, se estrella en mil fortalezas y sucumbe, no en sitios, no en batallas, no en combates en los que es invencible, sino bajo la influencia de la constancia romana.

A diferencia de Alejandro que conquistaba por ambición y por mandar su nombre envuelto en el fragor de sus batallas; Aníbal, cual Bolívar y Washington, no piensa siquiera ni en glorias, ni en grandezas, ni en poder; Aníbal solo ve la felicidad de la patria, afección más grande, más sublime, que aquellos sentimientos egoístas, que aquellas inclinaciones perversas, que aquel fanatismo criminal que impulsan, que sustentan á César, Bonaparte y Carlo-Magno. Aníbal comprende el odio que Roma profesa á Cartago; observa la ambición, los preparativos secretos, las ame-

nazas cada día más insolentes y provocadoras de su adversaria, y antes que el poder de aquella adquiriera proporciones más gigantescas, y disminuya el de su Patria, se propone destruirla.

Las hazañas de Alejandro entusiasman, fervorizan el espíritu, cautivan los sentidos. Las de Aníbal, no menos interesantes, no menos sorprendentes y siempre más grandiosas por inspirarlas el patriotismo más puro, la generosidad más noble, los impulsos más llenos de grandeza, á más de causar el interés de las guerras del Macedonio, despiertan la probidad y el civismo, caracteres que no tienen, tampoco, las de César, Luis XIV y Bonaparte. «La figura de Alejandro, dice Mr. Tiers, es la más vana.» Prudente y templado, activo é imperioso austero en su juventud, no supo conservar, como Aníbal, las preciosas virtudes que glorificaron su juventud hasta el fin de su vida. El esplendor, el poder, sus grandes hechos en lugar de templar su carácter fortalecido en los peligros y peripecias de las campañas, envilecieron su espíritu y quebrantaron su organismo. Mata á Clito, su mejor amigo, y á quien debe la vida; á Filotas y Parmenión, sus más decididos tenientes; á Calistenes, su mejor consejero; derriba los templos, mata á su médico á la muerte de Efestión; pasa su vida encenegado en los vicios de las cortes orientales; cual Aquiles á Héctor arrastra el cadáver de Betis bajo las murallas.

de Gaza. Pero no deshonra, más aún, rinde homenaje á la esposa é hijas de Darío después de la batalla de Ipsus; perdona á Poro su altivez viril y á Apelles su osadía. Alejandro emprende sus conquistas con ejércitos disciplinados é invencibles por su organización y táctica, con sabios como Aristóteles, con generales tan peritos como él, con grandes recursos de guerra. Bolívar opone un grupo de patriotas á España, á esa España grande como Roma y heroica como Esparta, á esa España madre de Pelayo, de Numancia, Torres Vedras y Zaragoza. Bolívar tiene que educar tenientes, formar soldados, civilizar los pueblos, disipando las tinieblas del fanatismo. Lucha, cae, se levanta, vuelve á caer y cada vez que sucumbe, y cada vez que se incorpora, recobra, cual Anteo, más vigor y terribleza. Aníbal, lucha también sin grandes elementos bélicos, sin apoyo de su patria, con soldados mercenarios, llenos de vicio y rebeldía; y no obstante, su genio es tan grande, su elocuencia tan sublime, tiene tal imperio de mando, que los reprime, los lanza, los detiene, les comunica su valor, su audacia, su heroismo; les inspira en su más alto grado el odio que profesa á Roma, ese odio cuyo fuego hace hervir á la continua sus sentimientos, odio sagrado, odio grandioso, que provoca, que despierta las más sublimes afecciones, las afecciones del patriotismo, de la gloria y del honor. El odio ¡oh paradoja! también tiene su

grandeza, quién lo creyera! Aspasia, esa célebre cortesana que esclaviza un gran carácter, Aspasia, la ninfa Egeria y la Diana de Poitiers de Pericles, causó por odio á Esparta la guerra del Peloponeso y la ruina de Atenas. Epaminondas y Pelópidas immortalizan á Tebas, por el odio á Esparta, en Leutra y Mantinea. Catón es célebre por su odio á Cartago. El odio de Cleopatra á Augusto hace sucumbir á Marco Antonio. El odio del pueblo francés á la tiranía causa la epopeya de los siglos. Demóstenes en sus *Filípicas*, Cicerón y Montalvo en sus *Catilinarias*, Chateaubriand y Mad. Stäel en sus *Memorias*, Victor Hugo en sus *Castigos*, dictan sus páginas más brillantes á impulsos de aquel afecto que les arranca el corazón con un grito de águila.

Alejandro muere en brazos de la prostitución, saboreando hasta el último momento los placeres de palacio, en medio de la pompa y magnificencia, rodeado de sus amigos, aspirando los aromas que embriagan los sentidos. Aníbal y César se parecen en la muerte por lo que tuvo de violencia. Aníbal toma, como Filopémenes, el veneno en un calabozo, abandonado de sus amigos, vendido, traicionado, perseguido por su Patria, viendo disiparse su última ilusión y lanzando á los romanos el apóstrofe de Demóstenes: «llevad mi cuerpo al tirano, pero mi alma es libre.» César que ya había sometido las Galias derrotan-

do á Vercingetorix, que ya se había hecho el hombre más grande destruyendo á Mitridates y Farnaso en Asia, á Juba y Catón en Africa, á Afranio y Scipión en España; y por último, César que había conquistado á Roma en Farsalia y que se había presentado victorioso por todo el mundo, según la bellísima expresión de Bossuet, es asesinado en el Capitolio en el ápice de su poder y esplendor, en medio de los senadores de la Nación, en plena asamblea presidida por los dioses de todas las teogonías. Napoleón muriendo en Santa Elena y Bolívar en Santa Marta; estos dos Prometeos encadenados en las rocas de los mares, estos dos titanes cuyos estremecimientos conmueven el Etna, estos dos Filoctetes cuyos atronadores gemidos asordan las furias del océano, no son tan grandes, no son sublimes, no son tan felices como César que primero, lucha cuerpo á cuerpo que esgrime su espada después, que enviste, que se retira, que derriba á éste, que hiere á aquél, que hiela de espanto con sus apóstrofes sublimes á sus criminales asesinos, y que por fin, amagados por mil puñales que son otras tantas muertes, agobiado de pesar al ver á Bruto blandir el suyo, cubre su excelso rostro y cae como Ippias, cubierto de cien heridas, derramando lágrimas, no de dolor, sino de pesar al ver entre el número de los conjurados al más fiel de sus amigos, á aquel á quien él había salvado la vida en Farsalia y á quien, en lu-

---

gar de castigar por haber sido su enemigo político en las guerras contra Pompeyo, lo eleva, lo consuela y lo pone bajo su sombra protectora.



# FE DE ERRATAS.

Por falta de una buena corrección de pruebas, la obra ha salido plagada de errores. Molesto sería apuntarlos todos, no obstante consignamos los principales.

PAG.	LINEA	DICE	LEASE
1	5	hírzuta	hirsuta
2	17	conquista	conquistan
6	30	á quitarles á las víctimas	á quitarles las víctimas
9	8	cocidos	cosidos
11	7	ovasión	ovación
13	30	intimidau	intiman
14	22	se veía	se veía á
15	1-2	una escuadra que	una escuadra y
15	6	abasalla	avasalla
16	11	que hizo	que hicieron
17	26	venciendo de	venciendo á
20	8	vacante	bacante
22	20	honderas	honderos
11	30	demuestran	demuestra
24	1	Polivio	Polibio
25	17	le dió	les dió
26	26	gimnacio	gimnasio
26	32	victorias	victoriosas
27	30	piñado y escarnecido	ultrajado y escarnecido
32	13	revelaban	rebelaban
33	24	apropió	apropiaron
33	25	Tomaron á	Tomaron de
33	(3)	Tito Livio	Tito Livio
35	14	bajilla	vajilla
36	16	volvió	volvieron
38	27	aprovechando la	aprovechando de la
39	15	Laboulage	Laboulaye
41	11	manda á derribarlas	manda derribarlas
45	17	Decembiros	Decenviros
47	5	presidfa	presidían
47	14	callendo	cayendo
48	19	Amodio	Harmodio
49	4	hectarias	hetarias
49	11	milecianas	milesianas
59	22	poetiza	poetisa
62	5	atravezaron	atravesaron
62	10	inculcándole	inculcándoles
70	1	abraza	abrasa
71	19	Tiers	Thiers
74	17	horrendas fantasmas formadas.	horrosdos fantasmas formados
75	8	perecederas	imperecederas
78	25	Leutra	Leuctra
79	14	hipocrecía	hipocresía